

**LA NARRATIVA DEL FRACASO: LA NOVELA PERUANA DE LA  
VIOLENCIA POLÍTICA (1980- 2000)**

**LE RÉCIT DE L'ÉCHEC: LE ROMAN PÉRUVIEN DE LA  
VIOLENCE POLITIQUE (1980- 2000)**

**FAILURE NARRATIVE: POLITICAL PERUVIAN NOVEL OF  
VIOLENCE (1980-2000)**

**Miguel Vargas Yábar**

Pontificia Universidad Católica del Perú

*Resumen:*

La *narrativa del fracaso* es un concepto en elaboración que designa la lectura crítica de la novelística peruana más reciente, cuya temática se estructura en torno a la violencia política ocurrida en nuestro país en el periodo 1980-2000. Se la conceptualiza como narrativa del fracaso básicamente por dos razones. Por un lado, porque la colisión ideológica que desemboca en la guerra interna manifiesta el punto máximo de desentendimiento e incompreensión de los núcleos afirmativos de las distintas voces involucradas en la propuesta global de un proyecto de nación para el Perú. Por otro lado, porque la rigidez de las posturas ideológicas se orienta hacia una mentalidad cada vez más bélica que pretende suprimir la otredad e imperar sobre ella de un modo uniforme y hegemónico en un contexto de diversidades (culturales, lingüísticas e



identitarias, etc.). La literatura en estudio ilustra hasta qué punto las propuestas “oficiales” de construcción que emergen en dicho periodo se tergiversan en propuestas destructoras que, pese a su oposición, terminan coincidiendo en la justificación de un *ethos* bélico. Con todo, esta narrativa da cuenta de una serie de perspectivas y vivencias de distintos actores sociales y, asimismo, posibilita la revisión crítica de las coordenadas sociales y culturales en nuestro país. La *novela del fracaso* da cuenta del accionar negativo de los actores sociales más importantes de la nación, los cuales confluyeron en el desencadenamiento de la guerra interna y tuvieron incidencia en el desastre social en que fue sumido el Perú en el periodo bajo estudio.

*Résumé:*

*Le récit de l'échec* est un concept en construction qui désigne la lecture critique du roman péruvien le plus récent, dont la thématique est structurée autour de la violence politique que le Pérou a vécu dans la période 1980-2000. Cette conceptualisation, comme récit de l'échec, obéit à deux raisons. D'une part, le conflit idéologique qui débouche dans une guerre intérieure est la manifestation du point culminant de mécontentement et d'incompréhension des axes d'affirmation des différentes voix impliquées dans la conception globale d'un projet de nation pour le Pérou. D'autre part, parce que la rigidité des postures idéologiques se dirige vers une mentalité chaque fois plus belliciste qui prétend supprimer l'autre et le dominer de manière uniforme et hégémonique dans un contexte de diversités (culturelles, linguistiques, identitaires, etc.). La littérature étudiée illustre jusqu'à quel point les projets « officiels » de construction qui surgissent à cette période sont déformés pour devenir des projets de destruction qui, malgré l'opposition, finissent par coïncider sur la justification d'un *ethos* guerrier. Malgré cela, cette narration rend compte d'une série de perspectives et d'expériences de différents acteurs sociaux, et, aussi, permet la révision critique des coordonnées sociales et culturelles au Pérou. *Le récit de l'échec* rend compte des comportements négatifs des acteurs sociaux les plus importants du pays, qui ont convergé vers le déclenchement de la guerre intérieure et ont incidé sur le désastre social qui a accablé le Pérou dans la période étudiée.

*Abstract:*

*Failure narrative* is a developing concept which describes the critical reading of the latest Peruvian narrative whose theme is structured around the political violence in our country in the period 1980-2000. It is conceptualized as a failure narrative basically for two reasons. On the one hand, because the ideological collision which results in the internal war makes evident the maximum point of disengagement and misunderstanding of the affirmative nuclei in the different voices involved in the comprehensive proposal of a Nation Project for Peru. On the other hand, because the rigidity of ideological positions is oriented towards an increasing mentality of war which tries to suppress the otherness, and prevail over it in a consistent and hegemonic way in a context of (cultural, linguistic and identity, etc.) diversities. The literature under study, illustrates to what extent 'official' building proposals emerging in such period are twisted in destructive proposals that, despite its opposition, end up agreeing on the justification of a war *ethos*. Yet, this narrative accounts for a series of perspectives and experiences of different social actors. It also enables the critical review of the social and cultural coordinates in our country. The *failure novel* gives an account of the negative actions of the most important social actors of the nation, which converged on the outbreak of the civil war and had implications for the social disaster which Peru was sunk into in the period under study.

*Palabras clave:* Novela Peruana; Violencia Política; Modernidad; Nación; Narrativa del fracaso.

*Mots clés:* Roman Péruvien; Violence Politique; Modernité; Nation; Récit de l'échec.

*Key words:* Peruvian novel; political violence; modernity; nation; Failure Narrative.

Fecha de recepción: 24/02/2014

Fecha de aceptación: 23/04/2014

## 1. Introducción

La guerra interna que padeció nuestro país durante el periodo 1980-2000 significó el resquebrajamiento y el deterioro de la vida social e institucional en todos sus niveles. Significó, asimismo, el fracaso de un proyecto liberador e integrador para la nación peruana. Este doble aspecto de la debacle integral del país representa la síntesis de la actuación de los diversos actores sociales que confluyen en la derrota nacional y aportan, cada uno a su manera, sin duda, elementos para la perpetuación de la postración social, la injusticia y la desigualdad. No obstante, el panorama no es tan desolador y cada vez son más abundantes los elementos críticos para la reconstrucción comprensiva del proceso en un nivel discursivo distinto, sin duda favorecido por la mirada retrospectiva sobre el conflicto armado interno. La vigencia de la brecha o las brechas que hacen y siguen haciendo del Perú un país dividido, en ese sentido, constituyen una oportunidad para seguir aportando a la construcción de nuestra memoria sana y sanadora abierta hacia el futuro.

El fracaso nacional se compone de la sumatoria integral de diversos fracasos parciales y progresivos. Por una parte, es posible reconocer el gran fracaso del proyecto de las izquierdas, que no lograron articularse de modo que pudieran hacer valer un reclamo legítimo de justicia y una serie de ideales que, de concretarse, se esperaba que hubieran podido favorecer a los millones de marginados sistemáticamente a lo largo de nuestra historia.<sup>1</sup> Por otra parte, también significó el fracaso —de mayor

---

1 La izquierda en el Perú ha manifestado, desde sus orígenes, una viva y sentida oposición contra las injusticias sociales y sus perpetradores. Sin embargo, la ideología belicista y genocida de Sendero Luminoso fomenta el fanatismo y la intransigencia e inhibe la consideración de la otredad y aún de la propia individualidad. En ese sentido, escapa al marco de lo revolucionario reivindicativo y tergiversa la justicia convirtiéndola en aplicación sistemática del terror, de manera que la convivencia deviene imposible. El absolutismo monológico, terrorífico de Sendero Luminoso anula toda posibilidad de escucha e intercambio dialógico. El Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) pone de relieve este perfil destructivo en una de sus conclusiones, cuando señala: «La CVR hace notar la profunda irresponsabilidad y menosprecio del PCP-SL hacia sus propios militantes, a quienes se inducía a matar y a morir de la manera más cruel y sanguinaria, mientras que sus dirigentes máximos, especialmente Abimael Guzmán Reinoso permanecían en Lima, exentos de riesgos físicos y privaciones, prácticamente durante todo el conflicto. [...] La CVR expresa su pesar por los miles de jóvenes que resultaron sedu-

intensidad— de la comunidad peruana en pleno por no haber podido llevar a cabo un proyecto modernizador para la nación ni tampoco haber logrado la integración de un país endémicamente escindido.<sup>2</sup> Más ampliamente, representa el fracaso de la sociedad en pleno por no querer asumir como propios los horrores que estaban siendo llevados a cabo en el “interior” de la nación.<sup>3</sup> Finalmente, pero no por eso menos importante, el fracaso del Estado peruano (los gobiernos de turno),<sup>4</sup> las clases dirigentes (los grupos de poder y hegemónicos) y las fuerzas del orden<sup>5</sup> porque no brindaron

---

cidos por una propuesta que constataba los profundos problemas del país y proclamaba que “la rebelión se justifica”. Muchos de ellos, con voluntad de transformar esa realidad injusta, no advirtieron que el tipo de rebelión que planteaba el PCP-SL implicaba el ejercicio del terror y la implantación de un régimen totalitario. Quedaron así encuadrados en una organización absolutamente vertical y totalitaria que les inculcaba el desprecio a la vida, castigaba las discrepancias y exigía plena sumisión. Muchos de ellos murieron inútil y cruelmente». (CVR 2008: 438)

- 2 El colonialismo lingüístico segregó a las lenguas subalternas en su afán por imponer el absolutismo monológico que propugna por la instauración de un único orden jerárquico y vertical. En el Informe de la CVR se lee: «Del análisis de los testimonios recibidos resulta que el 75% de las víctimas fatales del conflicto armado interno tenían el quechua u otras lenguas nativas como idioma materno. [...] La CVR ha comprobado que, en términos relativos, los muertos y desaparecidos tenían grados de instrucción muy inferiores al promedio nacional». (CVR 2008: 18)
- 3 «La CVR ha constatado que la tragedia que sufrieron las poblaciones del Perú rural, andino y selvático, quechua y asháninka, campesino, pobre y poco educado, no fue sentida ni asumida como propia por el resto del país; ello delata, a juicio de la CVR, *el velado racismo y las actitudes de desprecio* subsistentes en la sociedad peruana a casi dos siglos de nacida la República». (CVR 2008: 434; énfasis nuestro)
- 4 «La CVR constata, no obstante, que quienes gobernaron el Estado en ese período carecieron de la comprensión necesaria y del manejo adecuado del conflicto armado planteado por el PCP-SL y el MRTA. [...] tanto el gobierno del presidente *Fernando Belaunde como el del presidente Alan García* erraron al no aplicar una *estrategia integral* —social, política, económica, militar, psicosocial, de inteligencia y de movilización del conjunto de la población— para hacer frente de un modo eficaz y dentro de sus propios marcos democráticos a la subversión armada y al terrorismo». (CVR 2008: 439; énfasis nuestro).
- 5 «La CVR ha constatado que una vez declarado el estado de emergencia en Ayacucho, en octubre de 1981, la intervención del destacamento policial contrainsurgente denominado los *sinchis* hizo crecer las violaciones de los derechos humanos, generó resentimientos y distanció a la policía de la población [...] Las Fuerzas Armadas aplicaron una estrategia que en un primer período fue de represión indiscriminada contra la población considerada sospechosa de pertenecer al PCP-SL. En un segundo período, esa estrategia se hizo más selectiva, aunque continuó posibilitando numerosas violaciones de los derechos humanos. [...] Aunque la intervención militar inicial golpeó duramente la organización y la capacidad operativa de PCP-SL, produjo también una secuela de violaciones masivas de los derechos humanos y convirtió al bienio 1983-1984 en el más letal del conflicto, fundamentalmente, en Ayacucho.

protección y justicia a las mayorías desfavorecidas.<sup>6</sup> Es en este contexto de fracasos continuos que me refiero a la narrativa ficcional de la violencia política de las últimas décadas del Perú como la «narrativa del fracaso».

Si bien la presente es una investigación que explora la narrativa ficcional construida por novelistas y narradores de diversa valía estética y procedencia ideológico-discursiva, no por eso deja de lado la consideración objetiva de los acontecimientos históricos recientes ni tampoco descuida el mayor esfuerzo social realizado hasta hoy por ponerlos de relieve, explicarlos y comprenderlos en su dimensión ética y ponderarlos, asimismo, en su incidencia en la construcción de la memoria. En ese sentido, el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) es un referente obligado no solo por el despliegue institucional y social que supuso su elaboración, sino también porque, ante todo, recoge directamente la verdad desde los propios protagonistas.<sup>7</sup> El relato histórico que elabora se abre a la comprensión del proceso desde la verdad y construye una narrativa objetiva que se concreta en una agenda política pendiente para con las víctimas.<sup>8</sup> La narrativa objetiva de la CVR, por tanto, enmarca la verdad histórica sobre la que se desempeña la narrativa ficcional, que se ofrece a la investigación como complemento crítico que opera según las reglas de la

---

Peor aún, la estrategia resultó contraproducente, pues la represión indiscriminada en las zonas rurales postergó la ruptura entre PCP-SL y los sectores más pobres del campesinado, y no evitó la expansión de las acciones armadas a otras zonas del país». (CVR 2008: 440-443)

- 6 «La CVR ha hallado que el conflicto puso de manifiesto graves limitaciones del Estado en su capacidad de garantizar el orden público y la seguridad, así como los derechos fundamentales de sus ciudadanos dentro de un marco de actuación democrática [...] La CVR, asimismo ha encontrado una precaria vigencia del orden constitucional y el estado de derecho, los que en tiempos de crisis fueron vulnerados». (CVR 2008: 434-435)
- 7 Conviene tener presente la importancia de esta fuente para las investigaciones sobre el periodo en estudio. Claudia Salazar llama la atención con pertinencia sobre este respecto cuando escribe que «El Informe Final se presenta como un documento que elabora un relato para dar un sentido a lo sucedido durante los años de violencia política. Rescata la memoria de quienes sufrieron los estragos del terror, escuchando su voz y recopilando los testimonios de la población marginada durante tantos años. Es un reto enfrentarse a la elaboración histórica de una situación límite tal como la que se vivió en el Perú». (Salazar 2008: § 1, 3)
- 8 Salazar (2008: § 1, 2) ha señalado con pertinencia que: «[...] las comisiones de la verdad tienen como función principal producir un relato histórico que permita hacer una periodización de lo acontecido, hacer justicia a las historias de las víctimas y los protagonistas del conflicto, imputar responsabilidades y establecer programas de reparación».

imaginación, la fantasía y la creación, no siempre dispuestas, empero, para la liberación del espíritu y la ampliación de la sensibilidad humana.

El conflicto armado peruano entre los años 1980 y 2000 ha sido, sin lugar a dudas, el de mayor repercusión en nuestra historia republicana, no solo por su duración e intensidad, sino también por el nivel de mortandad alcanzado y el costo económico desplegado (Cfr. CVR 2008: 17). Las muertes producidas por este conflicto superan «ampliamente las cifras de pérdidas humanas sufridas en la guerra por la independencia y la guerra con Chile». <sup>9</sup> Por otro lado, «la violencia [...] no golpeó de manera similar a todos los peruanos, sino que impactó desigualmente diferentes espacios geográficos y diferentes estratos de la población» (18). En este sentido, «la CVR ha constatado que la población campesina fue la principal víctima de la violencia. De la totalidad de las víctimas reportadas, el 79% vivía en zonas rurales y el 56% se ocupaba en actividades agropecuarias» (434).

El conflicto ahondó las diferencias sociales y fortaleció el prejuicio que hace de las diferencias culturales un obstáculo para el diálogo, el intercambio y el enriquecimiento recíprocos. Mal que bien, la novelística que estudiamos, al tiempo que da curso a la narrativa del fracaso, también da cuenta de esa necesidad de integración que convoca lo peruano.

El presente artículo forma parte de un estudio sistemático más amplio, de un corpus de la novela peruana sobre la violencia política escrita en los últimos treinta años. El análisis de las novelas pretende dar cuenta de la magnitud de tal proceso creativo, con sus peculiares problemáticas, sus cambios y sus continuidades. Pretende, asimismo, demostrar que la narrativa bajo estudio implica una toma de conciencia por parte de un sector amplio de los escritores peruanos respecto de las múltiples y complejas perspectivas del mundo representado en sus ficciones. <sup>10</sup> Consta de cuatro partes. A esta breve introducción le siguen

---

9 «El número calculado es 69,280 víctimas fatales, en un intervalo de confianza al 95%, cuyos límites inferior y superior son 61,007 y 77,552 personas respectivamente». (CVR 2008: 17, nota 1)

10 Castro (1990: 15) escribe: «La mayoría de cuentistas del 80 ha despertado al mundo de las letras en medio de la tormenta social que vivimos y esta condición a su favor los diferencia»

una propuesta preliminar de síntesis del fracaso de la modernidad peruana en relación con el desenvolvimiento histórico de la narrativa del fracaso. Luego me ocupé de cuatro novelas que ilustran de manera llamativa cierto aspecto del fracaso, bien por los actores sociales que interactúan en el espacio de la representación ficcional, bien por el sesgo ideológico e ideologizante que postulan, bien porque, como en el caso específico de *Adiós, Ayacucho* (Ortega 1986), plantean un problema estructural de más larga data. Esta revisión crítica, esperamos, nos permitirá realizar un balance y un reconocimiento más consciente de las perspectivas actuales de la investigación.

## 2. Narrativa del fracaso de la modernidad peruana

Si bien es cierto que la modernidad en nuestro país tiene su signo más visible en el Estado-nación y la economía capitalista, también lo es el hecho de que los proyectos que se dan al interior de este se presentan como una dicotomía que, aunque considera matices intermedios, tarde o temprano termina por alinearlos todo a las propuestas polares y polarizantes de izquierda y derecha. El fracaso de la modernidad, entendemos, ocurre cuando esta sucumbe, desde muy temprano, a la colonialidad y recurre a la retórica del bienestar y del progreso contradiciéndose en los hechos con su praxis genocida, represora y excluyente. Se trata, pues, de los proyectos tanto de derecha como de izquierda que es posible reconocer en el marco de la modernidad colonial.

Al respecto, Quiroz (2005) ofrece un excelente trabajo en el que repasa los puntos de vista más críticos a propósito de los alcances y los límites de la modernidad (Dussel, Flores-Galindo, González Echevarría, Huamán, Mignolo, Vich, etc.), cuyo paradigma critica desde una lectura de las novelas: *Adiós, Ayacucho* (1986) de Julio Ortega, *Candela quemada*

---

de los que provienen de otras generaciones, aun cuando estos últimos poseen una mayor y sólida formación artística. Más allá de los desperdicios ideológicos que impiden al autor de *Historia de Mayta* hacer una buena novela política, podemos reconocer en esta obra el único intento vano que sintetiza el fracaso de la generación del 50 para escribir esta coyuntura. El fracaso se hace extensivo a toda su generación en cuanto a la novela política se refiere, si es que concebimos a ésta como una expresión seria y realista de la lucha de clases en una etapa determinada».

*luceros* (1989) de Félix Huamán Cabrera, *Lituma en los Andes* (1993) de Mario Vargas Llosa y *Rosa Cuchillo* (1997) de Óscar Colchado. Según Quiroz (2005: II, [§ 4]): «La modernización de nuestro país [y por ende la modernidad] aparece signada por la violencia, la tortura y el maltrato. Así, en este espacio poscolonial multiétnico, pluricultural y con un alto grado de mestizaje aún existen sujetos marginados social y políticamente. El otro no es externo sino interno».<sup>11</sup> La mirada de autorreconocimiento desde el punto de vista de la diversidad implica, pues, no tanto suprimir la otredad interna y borrarla en la homogeneidad, sino integrar las diferencias en un centro de comunión en el que prima la heterogeneidad como principio de realidad.

Otro signo de la modernidad son sus artefactos culturales, como la novela y el periódico. Por eso resulta sintomático que la novela peruana sobre la guerra interna haya tardado en producirse, poniéndose a la saga de la comprensión crítica y explicativa que se viene realizando desde las ciencias sociales.<sup>12</sup> Como señala Cornejo Polar (1998: 25): «la narrativa peruana (salvo escasas excepciones) enmudece igualmente frente a la violencia sin límites que desangra al país, tal vez [...] porque no se encuentra un lenguaje capaz de referir el horror de tantas y tantas desdichas». Ya en 1984, Cornejo Polar y Vidal habían dicho que «en el aspecto referencial no deja de ser curioso el silenciamiento casi total de los hechos históricos más concretos o importantes [como el] inicio de la guerra popular que Sendero Luminoso declara en 1980, pero que venía

11 En el mismo sentido, Quiroz (2005 II, [§ 1]) apunta que «la “metafísica occidental moderna” estuvo íntimamente ligada al proyecto de colonización de los grandes imperios de occidente que legitimó la conquista (militar, económica o cultural) del otro extraterritorial con el propósito de que Europa se instalara como el centro del poder mundial».

12 Carlos Iván Degregori ha trabajado con profundidad los vínculos entre memoria y violencia con relación a la etapa de la guerra interna: «Sendero Luminoso le había dado al Estado suficiente materia prima como para que éste construya una memoria salvadora. Los asesinatos de dirigentes sociales, los castigos ejemplarizadores, las masacres brutales, el desplazamiento y la reducción a servidumbre de comunidades enteras, así como los coches-bomba y los paros armados en las ciudades, se tornaron contra ellos. Sin mayor esfuerzo, los medios lo construyeron como el Otro monstruoso y la opinión pública atemorizada compartió esa imagen y contribuyó activamente a dibujarla. El régimen logró así un margen de maniobra suficiente como para seleccionar ciertos olvidos estratégicos y tratar de implantarlos en la memoria nacional [...] Esa voluntad de olvido de los excesos represivos del Estado fue compartida, al menos por un tiempo, por importantes sectores de la ciudadanía». (Degregori 2003: 20)

preparando desde mucho antes» (18). La narrativa ficcional, es cierto, no sigue necesariamente el ritmo de los acontecimientos históricos, aunque tarde o temprano la realidad histórica termina por confrontarla y exigirle la adopción del punto de vista realista, pues ningún discurso flota a la deriva sino que arraiga en un lenguaje necesariamente público, aun cuando provenga de la destreza privada del autor o de la autora.

Es importante, pues, datar el comienzo de la literatura de la violencia para poder apreciar su desarrollo y su desenvolvimiento. Para tal efecto es preciso revisar algunas de las propuestas más relevantes. Gustavo Faverón (2007) y Mark R. Cox (2008) ofrecen algunos datos que debemos tener en cuenta, porque, pese al silenciamiento que señalan Cornejo Polar y Vidal, encuentran antecedentes tempranos anteriores a la década de los años ochenta y, por tanto, anteriores al inicio de la guerra.

Por una parte, Faverón señala dos momentos. En primer lugar, considera que la tradición literaria de la violencia «se inauguró, casi como una profecía de los años por venir, en 1974, con dos cuentos escritos por Hildebrando Pérez Huarancca y Miguel Gutiérrez» (66). Estos cuentos son, respectivamente, «La oración de la tarde» y «Una vida completamente ordinaria». Ambos tratan sobre la tensa y conflictiva disyuntiva de escoger la mejor salida frente a la urgencia del cambio social inminente.<sup>13</sup>

---

13 Estéticamente más logrado, sin duda, el cuento de Gutiérrez tiene el mérito, además, de exponer mejor la actitud crítica, aunque vacilante, de un hombre de izquierda que, frente al dilema ético que supone iniciar o evitar una guerra, descrece de la precipitación violenta y que, como no puede oponerse tan frontalmente, opta por apartarse de la salida bélica. Dicho de otro modo: el cuento de Gutiérrez expone las dos opciones polares a las que había llegado, como límite, la actitud revolucionaria izquierdista. Vale la pena reproducir *in extenso* la reseña y los comentarios que realiza Faverón sobre sendos relatos: «En 1974, Hildebrando Pérez Huarancca, un profesor universitario nacido en la paupérrima comunidad de Espite, en el interior de Ayacucho —Andes centrales del Perú—, y conocido entonces por el contraste entre la rotundidad de sus ideas y el aire pacífico de su persona, dio a la imprenta su primer libro de cuentos, que sería, a la postre, el único. El título del volumen es *Los ilegítimos*. El castellano de sus relatos es nervioso, corcoveante, colmado de palabras quechuas. Parece la reducción amarga de la lengua de José María Arguedas. Las historias que recoge tienen que ver con pequeños pueblos serranos marginados del circuito nacional, semienterrados por la miseria: villorrios habitados por ancianos cuyos hijos han partido a buscarse la vida en ciudades más esperanzadas, o menos deprimidas. / A pesar de que Pérez Huarancca formaba parte de un colectivo de escritores de izquierda —el Grupo Narración— que venía recibiendo desde tiempo atrás una relativa atención crítica, y de que *Los ilegítimos* obtuvo un premio literario el

En segundo lugar, sostiene que el cuento «El departamento»,<sup>14</sup> de Fer-

año de su aparición, lo cierto es que fue un libro apenas percibido desde el *establishment*. Hoy, pasadas tres décadas, el lector que encuentra esos relatos se pregunta cuánto más evidentes tendrían que haber sido para que alguien los descifrara a tiempo: en “La oración de la tarde”, acaso el mejor cuento del libro, los viejecitos moradores del pueblo serrano son acosados por un puma que mata a sus animales, y no encuentran modo más efectivo para acabar con él que prender fuego a toda la planicie que circunda la aldea: maniatados por la ancianidad y la miseria que los hacen inútiles para defenderse de otra forma, deciden quemar el campo para matar al puma, aunque las llamas amenacen con consumir también cualquier otra cosa que les salga al paso. Quizá, incluso, a ellos mismos. / Esta es otra buena manera de resumir ese argumento: en su afán de eliminar la causa de una injusticia omnívora, el pueblo decide incendiar la pradera, arrasar la realidad para luego refundarla. “Incendiar la pradera”, claro, es una frase que hoy muchos peruanos reconocen de inmediato: acaso el más célebre lema maoísta; y en el Perú, en una medida inmensa, proporcional al trauma de la guerra, maoísmo significa senderismo. En retrospectiva, pues, “incendiar la pradera” no resulta una noción impropia como semisecreto basamento para un cuento de Pérez Huaranca, quien, a principios de los ochentas, apenas seis años después de publicado su libro, habría de dirigir uno de los brazos armados de Sendero Luminoso en las alturas ayacuchanas, y habría de liderar la masacre de Lucanamarca, donde su tropa asesinó brutalmente a sesenta y nueve campesinos. / Cuando Hildebrando Pérez Huaranca publicaba “La oración de la tarde”, también en 1974, otro miembro del Grupo Narración, Miguel Gutiérrez —autor clave en la generación del setenta, crecida en el eclipse que dejaba en su órbita la fama de Mario Vargas Llosa— escribía “Una vida completamente ordinaria”. El relato es otro de los hitos formativos en la tradición literaria de la violencia. Es la historia de dos viejos amigos, activistas extremos, de partido y de sindicato, que se reencuentran luego de años en casa de uno. El anfitrión ha renunciado a la lucha política, mientras que el visitante se ha radicalizado. Cuando conversan, el recién llegado deja una pistola sobre la mesa y el otro la mira con intriga, distancia y temor: entonces notamos que, en verdad, el dueño de casa ha renunciado al activismo *porque* otros, como su amigo, se han hecho extremistas y están pasando a la clandestinidad y a la rebelión armada. / El cuento cifra una disyuntiva hacia la cual los militantes de izquierda, a mediados de los setenta, se iban precipitando cada vez con mayor pendencia: tras la larga prédica de la revolución, se volvía inminente el instante de decidir si se pasaba a la lucha desembozada y a la quizás irremisible ilegalidad. Gutiérrez, que en años siguientes tendría una relación que muchos juzgan ambigua con el senderismo —y a cuya familia la guerra interna habría de afectar trágicamente—, pero que jamás abrazaría la acción violentista él mismo, dramatizaba en su cuento los inicios de esa doble opción. 1974 quedaba así como el año fundacional, y la renuncia al activismo del protagonista de “Una vida completamente ordinaria” se convertiría en la seña opuesta de la decisión sangrienta que queda simbolizada en el incendio campesino de Pérez Huaranca en “La oración de la tarde”. Las primeras narraciones que se aproximaron al asunto de la violencia política, entonces, fueron escritas desde dentro de la izquierda radical y en mucho tienen que ver con el cisma anterior al sismo». (Faverón 2007: 66-73; añadimos el signo / para indicar la separación de los párrafos en el original)

14 «El punto nodal de la narración de Ampuero es la noción de culpa: el protagonista, mientras es torturado, pasa de saberse inocente a sospecharse culpable, y con ese giro el lector entiende que el terror del conflicto es omnipresente y que su violencia borra las fronteras entre el bien y el mal tanto como la guerra sucia esfumina los límites entre legalidad e ilegalidad. No en vano el tema de la culpa reaparece como columna vertebral en muchos autores [...].

nando Ampuero, publicado en 1982, «tiene el mérito extraño de haber precedido en el tiempo a los relatos que informan de un desconcierto similar en la sierra peruana, que había sido el primer escenario del conflicto y era, sin la menor duda, la zona del Perú más herida por la violencia». Los tres cuentos, pues, conforman una muestra formativa de la tradición y recorren escenarios rurales y urbanos para dar cuenta, además, de las relaciones hegemónicas y disruptoras del momento.

Por otra parte, en su riguroso y bien documentado estudio sobre la narrativa peruana sobre la guerra interna, Mark Cox (2008: 227) sostiene que esta «no es una producción cultural aislada, sino que está íntimamente ligada al esfuerzo por definir qué es el Perú». Desde esta perspectiva, añade el autor, las polémicas que ha suscitado el informe de la CVR «han sido tan duras y controversiales precisamente porque lo que está en juego es la definición del Perú». La cuestión acerca del ser se complementa con un evidente criterio cuantitativo en el trabajo de Cox, pues registra 306 cuentos y 68 novelas. Sobre esa base cuantitativa, el autor deja «constancia de la enorme cantidad de narrativa publicada sobre la guerra interna y de la compleja red de nociones y perspectivas que este campo contiene» (228). Asimismo, propone «pensar en tres períodos esta producción narrativa,<sup>15</sup> cada uno de unos siete años». El

---

Y muchas veces el asunto se reformula en una variante repetida: los narradores de izquierda de las generaciones mayores han escrito, sobre todo, acerca de la culpa de haber formado a sus hijos en la idea de la revolución y haber tomado luego la posición de espectadores del conflicto, una vez que este se materializó cobrando una forma excesiva y monstruosa que se les escapaba de las manos». (Faverón 2007: 66-73)

- 15 Transcribimos, a continuación, algunas citas ilustrativas de dicho estudio: «Muchas obras son auto-publicaciones o publicaciones hechas por editoriales informales, que principalmente promocionan a escritores andinos y a provincianos, mientras que las editoriales más establecidas publican más a los escritores criollos. / La Editorial San Marcos, que no tiene ninguna afiliación con la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, incursionó en la publicación de literatura, especialmente la de las provincias, en los años noventa. Su impacto es tal que ha publicado por lo menos once novelas y veinticuatro libros de cuentos sobre la violencia política. El segundo y tercer lugares en número de publicaciones sobre este tema los ocuparían Lluvia Editores y Arteidea Editores, cada una con tres o cuatro novelas y unos trece o catorce libros de cuentos. Estas tres editoriales son conocidas por promocionar a escritores provincianos y andinos. / Muchas de las casas editoriales con más “prestigio” no publican obras sobre la guerra interna hasta después de la captura de Abimael Guzmán en 1992. Jaime Campodónico y Peisa publican su primera obra narrativa sobre este tema en 1994. Jaime Campodónico publica a seis escritores. [...] Alfaguara comienza a publicar obras sobre este

primer período comprendería desde 1986 hasta 1992, año de la captura de Abimael Guzmán. En dicho periodo «aparecen alrededor del 26.5% de todos los cuentos publicados y casi el 18% de las novelas, y muchas de las obras son de escritores andinos». En 1986 se publica el libro *Otorongo y otros cuentos*, de Dante Castro. En el segundo período, que abarca el lapso comprendido entre 1993 y 1999, hay más escritores y obras de criollos, se publica «casi el 22% de los cuentos y el 38% de las novelas» (229). De esta época es *Lituma en los andes* (1993), de Mario Vargas Llosa. Aparecen, a mitad de dicha década, «obras literarias de subversivos en la Internet». En el tercer período, más próximo a nuestros días, desde 2000 hasta 2008 (año de la aparición del artículo de Cox), se publica «el 51% de los cuentos y el 44% de las novelas, y hay una lucha más intensa por parte de individuos y grupos por definir la narrativa de la violencia política y quiénes son sus escritores principales». En dicho período, además, se publican diversas «antologías que privilegian a escritores andinos o criollos, y otras de grupos literarios en los penales que proponen distintas perspectivas e interpretaciones». Se llevan a cabo, a mediados de la década, «debates acerca de las novelas premiadas de escritores criollos. Es

---

tema en el 2000 [...] Por lo tanto, la Editorial San Marcos, Lluvia, y Arteidea han ejercido un papel importante en hacer conocer a escritores provincianos y andinos, mientras que las casas editoriales más establecidas demoraron en publicar a sus escritores, muchos de ellos criollos. / Las diecinueve mujeres que han publicado algo sobre el tema de la violencia política componen el 11.3% de los escritores y han producido veinticinco cuentos (8.2%) y cuatro novelas (5.9%). [...] / Al examinar las edades y los orígenes de los autores, vemos que los nacidos entre 1942 y 1964 y los del centro y sur del país son los que se preocupan más por la violencia política en su producción narrativa. Los escritores nacidos entre 1942 y 1964 componen el 63% de mi corpus y han publicado casi el 72% de los cuentos y el 53% de las novelas. Así es que se puede afirmar que la violencia política es tema principal de quienes conforman la que algunos llaman la Generación del Ochenta. / Al observar el origen geográfico, vemos que hay menos autores del norte del país, donde la guerra tuvo menos impacto. [...] / Resalta el poco número de escritores del norte en comparación con la población regional. [...] Los escritores de Lima y el Callao han producido más cuentos que lo esperado de su población. [...] Escritores de Ancash, Ayacucho, Huancavelica, Huánuco, Ica, Junín, y Ucayali) son casi el 27% de los que han producido obras sobre la guerra interna. La que más destaca es la producción ayacuchana. Solo el 2.2% de la población peruana vive en Ayacucho, pero los ayacuchanos (veinte) componen el 12% de los escritores y han publicado casi el 12.5% de los cuentos y el 13% de las novelas. [...] Al analizar el sur (escritores de Apurímac, Arequipa, Cusco y Puno), el porcentaje de escritores y la población es similar. Por lo tanto, se ve que los escritores de la misma generación y de las zonas más afectadas por la guerra interna son los que se preocupan más por este tema en su producción narrativa». (Cox 2008: 229-232)

así que este período se caracteriza por un mayor número de obras y una lucha más intensa por definir esta narrativa».

En resumen, de momento podemos concluir parcialmente que se trata de un proceso que se desarrolla en cuatro etapas. A una etapa formativa están referidos los antecedentes escasos que apunta Faverón y que corresponden a un periodo que conscientemente Cox deja de lado,<sup>16</sup> aunque sí apunta el cuento de Ampuero, pero no recoge ni el cuento de Pérez Huaranca, ni el de Gutiérrez (tampoco los considera en el registro bibliográfico). Los tres periodos siguientes podríamos englobarlos provisionalmente como una etapa progresiva de maduración y consolidación de la tradición literaria sobre la violencia. En los últimos cinco años (2008-2013) han aparecido nuevos títulos que se suman a esta copiosa corriente.<sup>17</sup> Así, toda esta tradición, desde nuestra propuesta, conforma la narrativa del fracaso, como hemos dicho más arriba.

Esta tradición, como se deja entender en los párrafos precedentes, en modo alguno es uniforme, simple y lineal. Antes bien, es diversa, heterogénea y compleja. Predomina en ella la representación de los espacios oficiales, tanto urbanos como rurales, andinos y costeños, es decir los principales escenarios de la guerra. Las voces narrativas, pues, provienen desde distintas vertientes discursivas y confluyen en un espacio crítico que se esfuerza por aclarar las posiciones en debate a fin de poder poner sobre relieve la unidad argumental de la producción literaria contemporánea que comprendemos en la categoría «narrativa del fracaso», cuyos sinónimos son «narrativa del fracaso» y aún «novelística del fracaso».

### 3. Sentidos y saturación

La heterogeneidad y la diversidad de la producción literaria en el Perú siempre han dado cuenta de que es posible construir nuevos espacios de enunciación para ejercer la crítica de los paradigmas dominantes, en lo

---

16 «Hay pocas obras sobre el tópico que nos interesa anteriores a 1986, pues es solo a partir de ese año que se publican de manera continua». (Cox 2008: 228)

17 Véase, por ejemplo, Cueto (2012), Gutiérrez (2011, 2009), Zuzunaga (2011), Atribasplata (2010) y Morillo (2010), por mencionar algunos.

de opresivo que puedan tener, y proponer nuevos modos de integración de la totalidad. Por eso concordamos con Quiroz (2009) en que las obras cuyo referente es la violencia política del Perú pueden mostrar cómo la literatura puede participar en la construcción de nuestra memoria social.<sup>18</sup> Como señalamos más arriba, la bibliografía es abundante y rica en significaciones y sentidos para la investigación.

Para efectos de este trabajo, por consiguiente, comentaré algunas de las novelas que considero más representativas de la problemática que abordamos en estas páginas. Son representativas porque manifiestan la complejidad del mundo representado y aportan perspectivas distintas y a menudo contradictorias sobre la temática en cuestión. Este corpus lo conforman las novelas: a) *Ese camino existe* (2012) de Luis Fernando Cueto, b) *La niña de nuestros ojos* (2010) de Miguel Arribasplata, c) *El camino de regreso* (2007) de José de Piérola y d) *Adiós, Ayacucho* (1986) de Julio Ortega. Escojo estas novelas porque sus narradores se posicionan o, más precisamente, transitan, en términos generales, por distintos lugares y posiciones discursivas: la comunidad, los subversivos y las fuerzas del orden (o fuerzas armadas), lo que no implica que tales lugares o posiciones sean necesariamente rígidos. Me interesan, además, porque, independientemente de sus virtudes literarias (que las poseen, sin lugar a dudas), siguen un patrón que señala la inestabilidad y la contingencia del discurso oficial (de izquierdas o derechas) por parte de los narradores. Vale decir, el narrador parece socavar el (mismo) lugar (discursivo) desde donde narra. Dicho de otro modo, elaboran un discurso autocrítico de distinta intensidad en la medida en que cuestionan el lugar desde el que se narra.

---

18 «En las obras que han ficcionalizado diversos aspectos del conflicto armado interno, se enfatiza el papel de la literatura como un soporte discursivo en el que se instala una lucha simbólica por la hegemonía de los distintos sujetos y discursos sociales. En este caso, se trata de una batalla literaria por la memoria, ya que se desea instalar, en el imaginario colectivo, una relectura o visión del pasado histórico o, en otras palabras, una determinada política de la memoria. Como he subrayado en diversas ocasiones, el análisis crítico del manejo y de la producción de las estrategias ficcionales instaladas en estas obras nos puede mostrar la forma en la que la literatura puede participar en la construcción de nuestra memoria social a fin de invitarnos a problematizar y repensar lo acontecido durante los dramáticos años del conflicto». (Quiroz 2009: § 1)

Cabe apuntar que esta es solo una muestra muy concisa de nuestras fuentes primarias. Las tratamos preliminarmente en orden cronológico regresivo, pues metodológicamente hallamos más conveniente ir adentrándonos en la investigación desde lo más reciente hacia lo más remoto, según diversas temáticas, hasta dar cuenta del periodo histórico que estamos estudiando.

Es preciso que reconozcamos, en ese sentido, aunque sea de un modo general y esquemático, las coordenadas teóricas que darán sustento a cada afirmación que hagamos mediante el análisis hermenéutico de las fuentes. Por una parte, reconocemos a los actores principales del conflicto, las retóricas en juego y las prácticas que se justifican tanto abiertamente como clandestinamente a partir de ellas. Por otra, recurrimos a las nociones de «ley diurna» y «ley nocturna» tal como las emplea Slavoj Žižek (2009: 75-100), que nos resultan muy útiles puesto que nos ayudan a dar cuenta tanto del discurso oficial, públicamente sancionado por el agente discursivo, como de su discurso «otro», aquel que permanece implícito porque resulta «obsceno» y, además, aprovecha las fisuras del discurso oficial para validarse y, por tanto, mantener dentro de la ley lo que, por definición, está fuera de ella. Cabe advertir, sin embargo, que no siempre es muy claro el límite entre una ley y la otra, de modo que es posible hablar de una legalidad de transición en la que todo se mezcla, se confunde y, aun, se tergiversa.

Son cuatro los actores sociales del espectro colectivo que concurren en el escenario de la guerra interna. Se trata de a) la sociedad civil, b) las Fuerzas Armadas, c) el Partido Comunista Sendero Luminoso y d) las comunidades campesinas. Cada uno de estos actores articula un discurso susceptible de individuación y especificación. En ese discurso se puede observar la propuesta de cada uno de estos actores para la construcción de la nación. Esa propuesta, sin embargo, no está exenta de polémicas y refutaciones, pues se inscribe en un contexto de debate teórico-práctico que se instala en lo político, es decir en el espacio público que compete a la *polis* peruana como totalidad. En primer lugar, la sociedad civil busca la integración nacional, pero todavía no ha comprendido que la diversidad cultural puede ser una plataforma amplísima para la modulación de la

ciudadanía en construcción, ya no como una oposición entre ciudadanía y cultura sino como una apuesta por una *ciudadanía intercultural*. En segundo lugar, las Fuerzas Armadas desempeñaron una función legítima en tanto que ente de defensa, como corresponde a su noción inspiradora, pero a menudo, derivaron en el abuso y el crimen. Por su parte, Sendero Luminoso es una vertiente izquierdista que pierde legitimidad cuando decide transformarse en una potencia destructora que se afina en el único recurso del terror. Las comunidades campesinas, interesadas en la protección de su autonomía y en la conservación de lo propio, también derivaron, en ocasiones, en la transgresión incluso al interior de ellas mismas, pues la guerra permitió que los poderes locales se pusieran al servicio de rencillas y venganzas personales.

Los tres actores principales de la guerra interna (FF. AA., Sendero Luminoso y la comunidad civil) «trenzan» sus discursos bajo el imperio de la violencia. El examen de las distintas retóricas bélicas en juego pone en evidencia dos aspectos que conviene analizar por separado. Por una parte, la oposición complementaria entre la «ley diurna» y la «ley nocturna»; por otra, la discrepancia entre el discurso oficial, que señala el horizonte desiderativo (defensa, justicia y autonomía, respectivamente), y las prácticas concretas (abuso, fanatismo y traición/transgresión) que transfiguran los fines y, al mismo tiempo, anteponen y se autoimponen un propósito más inmediato (la aniquilación del enemigo, en el caso de las FF. AA. y de SL; la supervivencia, en el caso de la comunidad civil) que restringe su propio horizonte de realización y, más aún, justifica en sí mismo (y para sí mismo) esa restricción.

Encontramos que, en la mayoría de las novelas pertenecientes al corpus que acá llamamos “narrativa del fracaso”, los narradores se ubican (con mayor o menor precisión) en el lugar del saber oficial. Pero conviene que nos preguntemos: ¿cuál es el saber oficial? Este se presenta complejo. En primer lugar, el saber oficial es el que sostiene que las FF. AA., Sendero Luminoso y la comunidad civil, en un principio (o en principio), buscaban defensa, justicia y autonomía, respectivamente. También es saber oficial el que dichos actores orientaran sus acciones (en mayor o menor medida) por los caminos del abuso, el fanatismo y la traición/transgresión.

Desde una perspectiva amplia, el saber oficial involucra *todo lo que se sabe*, bien que provenga de derechas, bien que lo haga de izquierdas. La diferencia se va a dar, justamente, en los alcances con que las izquierdas o las derechas “perciben” que la defensa, la justicia y la autonomía derivaron en abuso, fanatismo y traición/transgresión.

Ubilluz, Hibett y Vich (2009)<sup>19</sup> han trabajado rigurosamente los mecanismos mediante los cuales el discurso oficial es asumido por amplios sectores de la sociedad peruana. Asimismo, cómo dicho discurso se sirve de ciertas narrativas que adquieren legitimidad haciendo eco a un saber cultural inconsciente. Analizan, asimismo, cómo la novelística peruana se posiciona con relación al discurso oficial, produciendo narrativas a veces de corte conservador, a veces desafiantes a dicho corte, pero también narrativas que buscando ser contestatarias pueden acabar logrando lo opuesto.

Mirar ambos polos del espectro objetivo del saber, a través de la compleja trama de superposiciones y confluencias conflictivas, es el propósito del presente trabajo. Pasar a escrutinio las narrativas para identi-

---

19 Considero que dos propósitos del texto resultan sumamente útiles para mi trabajo, a saber: «El primero ha consistido en develar los mecanismos retóricos mediante los cuales, el discurso oficial sobre la violencia política es asumido actualmente por amplios sectores de la sociedad peruana. Si el público acepta parcial o totalmente este discurso es, sin duda, porque existen dispositivos que sutilmente suprimen otras posiciones. Pero, también, porque este discurso —y estos es lo que nos incumbe en tanto [que] críticos culturales— se sirve de narrativas que adquieren legitimidad haciendo eco a un saber cultural inconsciente. Que Sendero Luminoso es una organización cuasi-religiosa compuesta exclusivamente por fanáticos y resentidos es un argumento cuyo poder persuasivo radica menos en su sofisticación que en su congruencia con un *sentido común hegemónico que estigmatiza de patológico todo lo que irrumpe con violencia desde fuera de su dominio social*. Nunca hay que olvidar que el sentido común es a menudo represión común. / El segundo propósito ha sido el de analizar *cómo la literatura peruana se posiciona con relación al discurso oficial*. A veces, ella ha producido pasivamente un conjunto de narrativas de corte conservador; otras, las ha desafiado para incorporar nuevos puntos de vista hasta entonces invisibles. Mas no se trata aquí simplemente de condenar a quienes reproducen el discurso oficial y de aplaudir a quienes se separan de él, pues sabemos que no basta con violentar este discurso para cercenar su poder de reproducirse en la realidad. Como se lo hizo saber Lacan a los estudiantes en el contexto de mayo del 68, no es raro que en su desesperado intento por salir del sistema, el revolucionario caiga en la trampa histórica de promover el ascenso de un nuevo Amo. Por ello nos interesa observar [cómo] la literatura que pretende ser contestataria puede acabar vistiendo el reverso de la camisa de fuerza hegemónica». (Ubilluz, Hibett y Vich 2009: 11; énfasis nuestros)

ficar los puntos nodales que permiten el tránsito a la falsificación y a la tergiversación de los objetivos pacificadores para ponerlos en evidencia y acumular material para trabajos posteriores que nos permitan una mirada cada vez más comprensiva y, al mismo tiempo, nos brinden la oportunidad de explicaciones más esclarecedoras, tal es el objetivo que nos proponemos para las siguientes páginas. Pues tematizar el fracaso ya es una forma de sobreponerse a su impacto y confrontar su imperio.

3.1. *Ese camino existe* (2012) de Luis Fernando Cueto: el fracaso de las Fuerzas Armadas como protectoras y defensoras de la población civil.

Esta novela representa el fracaso de las Fuerzas Armadas como agente de pacificación, garante de la paz social y defensor de la población civil. No fueron estos los objetivos a los que se ciñeron. Por el contrario, contribuyeron al deterioro y al resquebrajamiento de las instituciones sociales. En su caso específico, el fracaso se posibilitó porque no fueron capaces de discernir entre la población civil y las fuerzas del terror. Dejaron que las fuerzas terroristas se apretrecharan en el anonimato. El miedo las movilizó hacia la generalización de la sospecha que les impidió reconocer entre los enemigos reales y aquellos «otros» que los enemigos emplearon para distraer y confundir. Sin embargo, esta confusión también fue aprovechada de mal modo por algunas comunidades que vieron la ocasión para llevar a cabo venganzas personales y ajustes de cuentas por enemistades privadas. En ese sentido, la estructura narrativa recurre al esquema sobre el cual reposa el saber oficial: la comunidad ayacuchana de Chungui es víctima del fuego cruzado de las luchas y represalias entre los agentes de las fuerza armadas peruanas (principalmente la Marina de Guerra del Perú) y Sendero Luminoso (SL). Los hechos se desarrollan en su mayoría en la Base de la Marina de Huanta y en comunidades campesinas de las provincias de Huanta y La Mar. Los personajes son identificados minuciosa y sistemáticamente como pertenecientes a sus respectivos bandos y comunidades y, por otra parte, se procura cuidadosamente evitar la posibilidad de la confusión. Los senderistas reciben el apelativo de «camaradas», mientras que a los integrantes de las fuerzas oficiales se los reconoce por su rango (teniente, infante, capitán, etc.). En cuanto a los miembros de la comunidad, estos son reconocidos por su función

dentro de la estructura social. Todos los personajes están estereotipados y ningún personaje se salva de ser pérfido y protervo, a excepción de Perpetua Cori, que sirve de catalizador de la economía del cuidado.

Cubo destaca como personaje central entre los miembros de las Fuerzas Armadas. Aporta a la inmundización del escenario narrativo convertido en espacio bélico. Su sobrenombre tiene una razón: necesita, dice, «varias caras para estar en esta mierda [...]» (22). Ejerce de enterrador, pero lamenta y trata de evitar las detenciones (nocturnas) arbitrarias, las masacres, las violaciones y las torturas que ordena Bulldozer, jefe máximo que funciona como metonimia de la violencia perversa con que actuaron las FFAA en ciertos periodos y lugares durante el conflicto interno. Cubo es testigo pretendidamente sensible al interior de la Base. Su horror trata de esconderse bajo el sobrenombre geométrico, pero su personalidad carece de volumen y su humanización se frustra en beneficio del estereotipo. La violencia se acrecienta conforme avanza la narrativa.

La novela es una colección de personajes feroces que desfilan macabramente, cada cual más cruento que el anterior. El capitán Shogún, por ejemplo, adiestrado en las artes marciales, destaca por su instinto sanguinario y su refinamiento para la tortura.<sup>20</sup> Otros personajes destacados son el infante Cobra y el capitán Escorpión. Los nombres pasan de lo abstracto (Cubo) a lo concreto mecánico (Bulldozer) y de allí a la bestialización satanizante y letal (Cobra, Escorpión). Cobra está encargado de enterrar y desaparecer los cadáveres de los detenidos asesinados en la Base. Se le ha declarado incapaz mental en Lima y tras regresar a la Base ha sofisticado sus métodos, habituado como está a la segazón de la

---

20 Por encargo de Bulldozer, Shogún incursiona en una plantación de coca. Cubo lo acompaña. La descripción de Shogún es elocuente: «[...] andaba con una cintillo de seda roja alrededor de la cabeza [...] escogía un recluta por día que le sirviera de sparring [...] propinaba patadas aéreas en el plexo de un recluta que no hacía nada por defenderse» (61). En la plantación y sin prueba alguna, Shogún cometerá atrocidades (mutilará orejas y sajará a jornaleros con su espada). Úrsula, la compañera del dueño de la plantación, llamado David, será violada por los infantes. Solamente Cubo no la victimiza (77); antes bien, consigue que no la maten, ni a ella ni a su esposo, con el pretexto de que debería interrogarlos. Úrsula y David morirán violentamente en la Base. Al lector le quedará la duda sobre la pertenencia o no de estos dos personajes a las filas de SL.

vida: «Cobra le saca un ojo a todo aquel que entierra. Colecciona ojos. Ya tiene un collar como de veinte [...]» (127). Por su parte, Escorpión, para ganarse la simpatía de Bulldozer, acude «a echar un vistazo» (341) a una iglesia donde posiblemente un grupo de senderistas fingían ser evangelistas. Sin prueba ninguna, asesina uno por uno a un grupo de jóvenes que participan con sus familias de la ceremonia religiosa. Luego reúne los cuerpos al frente de la iglesia y les arroja una granada.

Este tipo de incursiones se repetirán. La violencia, en estos casos, se justifica en el cumplimiento del deber de informar sobre los avances en la lucha contra la subversión. La mortandad se convierte en índice de medición y la lógica del terror en norma.

Por su parte, Chungui está retratada como una comunidad relativamente cerrada, aprehensiva respecto de lo foráneo y abandonada por parte del Estado. Ante esta ausencia y este vacío, “el partido” lleva la educación al pueblo, quedando configurado como agente civilizatorio y modernizador recibido con buena voluntad. El profesor Orjuela instruye en el dominio de las letras y en el manejo de las armas. Asimismo, promueve el proyecto ideológico de SL en Chungui, aunque los comuneros parecen ajenos a su prédica. Cabe preguntarse, pues, si los comuneros no están al tanto de lo que sucede, si estamos frente a una suerte de aceptación tácita por parte de los jóvenes y, probablemente, también frente a un acuerdo tácito por parte de los padres y comuneros. Con todo, bien podría hablarse de pasividad disfrazada de *no saber, no poder leer y no querer ver*.<sup>21</sup>

El estado de cosas en la comunidad a la llegada del profesor tiene que ver, específicamente, con la situación de los notables: el gobernador Amado Huiñac, Celestino Cori y su hija Perpetua Cori, y Pedro

---

21 «Los campesinos sintieron que la defensa de sus intereses no pasaba esta vez por el repliegue en la inmovilidad y el aislamiento, o por la alianza con los sectores más conservadores de las clases dominantes urbanas; pasaba ahora por la transformación de aspectos centrales en su situación y, por tanto, por una mayor independencia frente a las clases dominantes y/o la alianza con sectores radicales como los que personificaban Cavalcanti y también los jóvenes estudiantes. La movilización campesina alcanzó entonces su máxima expresión en la lucha por la educación y contra los poderes locales y el Estado» (Degregori 2011: 101; énfasis nuestro).

Ocrospoma. Del mismo modo, los espacios de socialización se convierten en espacios de beligerancia y disputa. La escuela, la iglesia, la familia y la pareja, entre otras instituciones, son ocupadas, en el sentido bélico, por la guerra. El mundo está resquebrajado y las instituciones sociales padecen las consecuencias de su deterioro progresivo. Las tradiciones pierden continuidad y eso debilita más aún la integridad comunal. El incumplimiento de los ritos funerarios, como el *guagua papay*, debilita a la comunidad y la expone al desamparo de lo divino. Sin amparo de la providencia, la narración se resuelve en un milenarismo ramplón que avanza con un ritmo atropellado y evasivo. Los personajes son desplazados hacia el espacio marginal. De una parte, Amado Huiñac, gobernador del pueblo, y su mujer Clorinda Sulca ingresan a un período de decadencia luego de que muriera su pequeño hijo y eludir el tradicional ritual de entierro denominado *guagua papay*. Por otra parte, Celestino Cori perdió a su mujer al nacer su hija Perpetua, quien, al cumplir quince años, se fuga a la costa con un joven comerciante. Al poco tiempo regresa embarazada y arrepentida «por no ser como todos quieren que sea» (47). Perpetua no cumple con el rol de género asignado a las mujeres por la comunidad, pues la mujer-madre cede espacio ante la mujer-trabajadora.<sup>22</sup> La descendencia de los Cori fuera del “ciclo natural” de procreación, el abandono del hogar por parte de Perpetua y el relativo abandono de Américo por parte de su madre son todas condiciones que de alguna manera aportan al resquebrajamiento de un orden que hace posible la intromisión de fuerzas externas a la comunidad. Providencialmente, Américo será el único sobreviviente de Chungui.

Pedro Ocrospoma es incluido en la narración para plantear la oposición costa-sierra, que es el núcleo de otras oposiciones como blanco-cholo, foráneo-autóctono, arraigo-desarraigo, entre otras. Ocrospoma «fue arriero del pueblo y el hombre que más conocía la región» (39), por

---

22 Perpetua dejará a su hijo, Américo Parihuana, al cuidado de Celestino y se instala en el pueblo de San Miguel, en la provincia de La Mar, Ayacucho, trabajando como mesera y durmiendo en la trastienda del restaurante. Celestino se preguntará, sin obtener respuesta: «¿Cómo podía ser posible que una mujer joven y fuerte deje a su hijo menor al cuidado de un anciano para irse a vivir a un lugar donde nadie la conocía, aparentando estar sola y sin compromiso? ¿Y por qué le gustaba más vivir en una pocilga maloliente que disfrutar del rancho y de la estancia de su padre?» (81).

eso precisamente no presta mayor atención a Tarcila, su mujer, y tolera que esta se convierta en una mujer triste. Tras dar a luz al pequeño Santiago, Tarcila los abandona. Al parecer, «*se había largado con un comerciante de tubérculos venido de la costa, un blanquiñoso*» (40, énfasis míos). El triunfo de lo foráneo sobre lo autóctono desarraigado e itinerante *se tiñe* de desprecio y de distanciamiento con un deajo racista. Pedro encargará la crianza de Santiago a los Cori durante ocho años, pero el retorno del padre no evitará que también Santiago abandone la comunidad.<sup>23</sup> La novela se satura de providencialismo. Años más tarde, Santiago regresa a Chungui pero tiene que pagar el precio de su desarraigo, pues no logra adaptarse: «se quedó, solo, apagado, sin ilusiones en este mundo» (41). Podemos ahora suponer que la tradición familiar quebrada por el padre de Santiago y el abandono de la madre a causa de un «blanquiñoso» de Lima han producido un hombre desarraigado, sin raíces y sin sentidos. Este personaje es importante porque es el producto directo de un padre que, al salir de la vida de la comunidad, produce un rompimiento de las tradiciones y del orden de las cosas.

En resumen, el estado de las cosas en Chungui era tal que estaban dadas las condiciones para que SL llevase a cabo sus acciones. Tal es el mensaje que transmite el narrador. Aparentemente no hay ningún tipo de violencia sistemática o estructural, o incluso diferencias entre los notables y el resto del pueblo, pero las tradiciones se debilitan y la institución de la familia se resquebraja como resultado de las acciones tanto de algunos personajes como, en otros casos, por el destino.<sup>24</sup>

Rota la comunidad, los personajes entran y salen de ella. Así, de visita en Chungui, Perpetua Cori se inquieta tanto con las pintas senderistas «en el frontis de la Gobernación» como con el descubrimiento de que, bajo la cama, su hijo Américo guarda «un fusil de madera» (53). Perpetua cuestiona a su padre, Celestino, quien le dice que «como casi nadie sabe leer en el pueblo, [y] creen que las letras son en honor a la

23 Frente a este hecho, el narrador pregunta, recogiendo la inquietud de los comuneros: «¿Por qué lo hizo? Quizá fue al encuentro de su madre, tal vez en busca de un mejor trabajo, o, quién sabe, en pos de su destino» (Cueto 2012: 40).

24 Cfr. Cueto 2012: 399.

Virgen del Rosario» (54). Perpetua reconoce la capacidad de sus paisanos para «captar lo que otros no ven, pero [se lamenta de que tengan también] la incapacidad de poder ver lo evidente». No es verosímil que los comuneros no estén al tanto de lo que sucede. Su pasividad, en todo caso, se disfraza de *no saber, no poder leer y no querer ver*. Lo más cercano e inmediato suele pasar desapercibido. Se necesita el contraste para una mirada distanciada y objetiva. Así, nos enteramos que Perpetua Cori ha conocido Lima años atrás y que ahí supo de la posibilidad de educarse en un colegio y, luego, en la universidad.<sup>25</sup> Decide, entonces, sacrificarse para darle educación a su hijo Américo. En San Miguel, Perpetua trabaja en un restaurante y se convierte en objeto de deseo de los clientes, pues estos la ven «estirando las piernas como si estuviera desfilando por la pasarela» (82). Ahí conoce a Leónidas Valverde, Cabo de la Guardia Civil, con quien entra en relación. Valverde será quien le explique todo lo que llegará a saber sobre los operativos de SL en Ayacucho.

25 «[...] llegó a saber [en Lima] de *la existencia de una universidad*, un lugar donde los hombres pobres ingresaban sin nada y, al cabo de unos años, salían con un documento en la mano que los volvía tan respetables como los señoritos ricos. Entonces, ella vio claro lo que creía que era el futuro: *la posibilidad de realización humana*» (Cueto 2012: 82-83; énfasis nuestro). Por otra parte, Degregori (2011: 35) sostiene que en Ayacucho, donde, hasta mediados del siglo pasado, la migración era casi la única esperanza de escapar de una situación miserable y opresiva, uno de los factores decisivos para la evolución de la región en décadas recientes fue la lucha por la educación y, como parte de ella, la reapertura de la universidad. Degregori (2011: 41-43) considera la importancia de la Universidad San Cristóbal de Huamanga: «Fundada como Real y Pontificia el 3 de julio de 1677, persistió como Nacional y Pontificia durante la República, hasta ser clausurada en 1885 como culminación de una larga crisis agudizada por la guerra del pacífico. Ya en 1894 un parlamento ayacuchano presentó un proyecto de ley proponiendo su reapertura, pero fue hacia mediados del siglo XX que ese reclamo se intensificó, especialmente entre los sectores medio regionalistas. Finalmente, en mayo de 1959, el anhelo se cumple y la casa de estudios reabre sus puertas como Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. [...] Desde el primer momento, la universidad pareció decidida a demostrar que no era una más. Adelantándose una década a lo que estipularía la nueva ley universitaria de 1969. Asimismo, en 1969 fue la primera en privilegiar las pruebas de aptitud académica en vez de las de conocimientos para la selección de sus postulantes. [...] Es necesario recalcar que el surgimiento de una universidad de perfil tan modernizante en la región más pobre y con una de las estructuras más arcaicas del país, produjo un verdadero terremoto social. Su impacto global, no solo fue decisivo si no inesperado, tanto por los grupos dominantes regionales como para el Estado, aunque este tardaría mucho más en advertirlo. Ténganse en cuenta que la lucha por la reapertura fue impulsada por “Los señores hacendados”, así como por las capas medias regionales, cuyos miembros más innovadores se identificaban con los nuevos partidos reformistas que surgían por entonces en el escenario político nacional. Acción Popular o La Democracia Cristiana».

Valverde logra que un contingente policial ingrese a Chungui e irrumpa en la escuela para detener al profesor Orejuela. Celestino Cori y otros comuneros reclaman ante dicha intervención. El sargento explica a Celestino que el profesor Orejuela es un «terrucón», pero Celestino nunca ha escuchado esa palabra en la comunidad e ignora cuál sea su referencia. Valverde usa un tono entre condescendiente y respetuoso en busca de una respuesta: «Creo que no me vas a entender, taita» (90). Entonces se dirigen a la habitación del profesor. Allí encuentran las armas de madera, la pintura con la brocha y la bandera de SL. Frente a esto, Celestino Cori, aunque «seguía sin comprender qué significaba esa palabra ni qué implicancia [podrían] tener los fusiles de madera y aquella bandera, [...] entendió que mejor era quedarse callado» (91). Orejuela intenta escapar, pero en el intento recibe un disparo y muere.

La historia gana en envergadura después de este suceso. Semanas después, cerca de treinta hombres armados ingresan a Chungui:

[...] la mayoría tenía cabellos largos y barbas descuidadas, y sólo unos cuantos estaban premunidos de fusiles, [pues] el resto llevaba pistolas o machetes de cinto. Entraron encabezados por cinco personas de a caballo, cuatro hombres y una mujer, y, entre todos ellos, destacaba el jinete de un potro brioso y fuerte, un alazán que tenía una franja blanca desde el tupé hasta los ollares. El tipo era delgado y joven, llevaba kepí cubriéndole hasta el borde de los ojos y una barba no muy crecida [...], era fácil advertir que estaba al mando. (93)

La descripción colectiva establece las jerarquías entre los distintos personajes y su aspecto desaliñado incide en su tarea bélica. Al mando del «camarada Rodrigo», SL asesina a los notables de Chungui por haber delatado al profesor Orejuela (94). Rodrigo es un tipo de carácter rudo que contempla la masacre sin variar su «semblante impenetrable» (95). Un grupo de viudas reclama con ira: «*iSupaypa guagua!*», le increpan. Dicha expresión quiere decir: «hijo del diablo». Rodrigo lo toma como un atrevimiento que merece represalias. Enseguida, entonces, las mujeres son rodeadas y liquidadas por «el séquito que seguía de cerca al camarada Rodrigo». Los cuerpos, algunos desmembrados, son llevados

al local comunal, donde son incinerados. Américo Parihuana, habiendo presenciado la masacre, piensa en huir, pero considera con objetividad «que no tenía adónde ir, a quién acudir. Estaba solo en el mundo» (96). No tiene más alternativa que quedarse. Rodrigo les comunica que Sendero Luminoso va a fundar «la nueva República» y que ellos ahora forman parte de «la masa». Llevarían a cabo la «retirada» y buscarían el lugar apropiado para asentarse.<sup>26</sup> Algunas horas más tarde, «algunos comuneros» pudieron vislumbrar «el significado de la palabra retirada» (99). En la ruta que siguen en la «retirada», el narrador comunica que «hacía pocas horas que habían sido asesinados por los camaradas y, sin embargo, parecía que ya todos los comuneros se habían olvidado de eso» (143). Sin embargo, la ruta tendrá sus complicaciones y peripecias. Una de las más notables consiste en el acto de ingenua valentía del comunero Belisario Ayaipoma, quien aparece para buscar a su mujer, Margarita Vilca. Naturalmente, fracasará en su desesperado propósito, pues, de forma feroz, un senderista le aplica un machetazo en la cabeza. La escena es aleccionadora para los personajes, en especial para Margarita, pues finalmente hubo de comprender que «la muerte era la única respuesta que tenían sus captores ante cualquier acto de resistencia o desobediencia» (150).

Tarde o temprano todos los actores confluyen en un mismo espacio. Ya sabemos que Perpetua es un personaje con agencia. Enterada de la masacre efectuada por los senderistas y venciendo el estupor que la noticia le produce, pone manos a la obra para denunciar la desaparición de Chungui, su pueblo, en la Base de la Marina de Huanta. Los mandos resuelven enviar una patrulla bajo el mando de Shogún. El grupo militar llega a Chungui. La mujer acompaña al destacamento. Perpetua se instala en la casa que había sido de su padre (200). Todo es abrupto. Cubo y Perpetua se enamoran de una manera intempestiva y ridículamente candorosa para el contexto que describe la novela. Providencial, Cubo le promete a Perpetua que encontrará a Américo.

---

26 «Aunque ninguno de los comuneros pudo entender el significado cabal de las palabras del camarada Rodrigo, todos pudieron sentir que estas producían una vibración áspera, rasposa y dura, como aquellos ecos que provocaban las pedradas lanzadas por los viandantes al fondo del barranco, antes de cruzar el puente y enrumbarse camino a Chungui». (Cueto 2012: 98)

El avance de la retirada, por otra parte, tiene su estancamiento y sus retrocesos. Los pueblos vecinos se añaden al recorrido, en un éxodo sin sentido y sin destino. Así, llegan al pueblo vecino denominado Chupón, donde el anciano comunero Benjamín, inquirido, explica al camarada Rodrigo que ahí no hay tierras que repartir porque no hay hacendados y cada uno trabaja en sus tierras y se ayudan entre ellos. No hay ladrones ni violadores. Tampoco hay gobernador, juez ni agente municipal. Es decir, el Estado y sus estructuras están ausentes por completo. Frente a esto, Rodrigo «tomó al anciano de los hombros y le plantó su gélida mirada en los ojos [...] El jefe comunal bajó la mirada y, sin pestañiar, mantuvo los ojos en *un punto neutro*» (173, énfasis nuestro). Ante la pregunta de Rodrigo acerca de qué lado se encuentra el jefe, a saber: «¿Con nosotros o con la represión?», el jefe comunal responde de inmediato: «con ustedes, pues, *tayta*» (174). La situación se pone más tensa. Santiago Ocrosopoma reconoce nuevamente que su anhelo de fuga carece de asidero para su satisfacción (175). Reconoce a don Benjamín, pero este prefiere ser cauto y no le dice nada sino hasta estar a solas: «cuando hay *gente armada* de por medio, es preferible saber *guardar las distancias*», explica luego (177, énfasis nuestro).

En Churca, otra comunidad aledaña, los comuneros consideran, inicialmente, que «los camaradas» han llegado para bien (204). Solo cuando «les comenzaron a enseñar [sic] el manejo del fusil, las pistolas y el machete para matar, *los comuneros entendieron* de que [sic] algo no tan bueno debía haber en todo esto» (205, énfasis nuestros). Churca es el escenario de encuentro de las fuerzas armadas y SL sin que lleguen al enfrentamiento. Los comuneros se ven obligados a participar de una farsa para despistar a las fuerzas del orden. Los senderistas se camuflan y se mimetizan con la población local, de manera que, con el apoyo forzado de los propios comuneros, logran despistar a los militares en inspección. Después de este momento de tensión, los senderistas y los comuneros de Churcos ingresan a Chungui. Allí asesinan a varias personas. Los comuneros de la comunidad vecina de Churca se rinden a la violencia y permiten y facilitan la ferocidad de los senderistas. Los comuneros, al acecho, solo esperaban la señal que les diera pie para participar en la masacre (210). Por su parte, las fuerzas oficiales se dirigen a la

comunidad de Wiracocha. Allí, Shogún deja una decena de comuneros asesinados brutalmente, «sembrado el terror en *sus vidas apacibles*» (214, énfasis nuestro).<sup>27</sup> Lo mismo haría, a continuación, con los pobladores de diversas localidades, a saber: «[...] Qotopuquio, San José de Socos, Pallcas, Totora, Tastabamba, Putucunay, Santa Carmen, Alto San Francisco [...] después de siete días sembrando muerte y terror a su paso, para que Shogún pudiera convencerse de que eran los otros, los muertos, los que siempre habían estado en lo cierto». (214)

Ahora bien, podríamos decir que, comparada con la violencia descrita, cualquier forma de vida anterior a la incursión podría ser considerada apacible. Sin embargo, es evidente que el narrador idealiza, simplifica y estereotipa la vida en las comunidades del mundo representado. No obstante, la novela también ofrece una imagen compleja de Sendero Luminoso, pues muestra las desavenencias que sufre en su interior. Esta circunstancia da pie para un debilitamiento lento y progresivo de dicha fuerza perversa. Así, luego de una serie de desacuerdos entre senderistas, la columna de Rodrigo es abatida por los militares. En el proceso, Américo es promovido, y sin embargo llega a preguntarse: «¿Por qué combatía? ¿Para qué? ¿A favor de quién?» (313). Será, prácticamente, el único senderista sobreviviente en la novela. Será atrapado y entregado a la base de Huanta. En un camión, el camarada Braulio, Américo y otros detenidos son transportados a un bosque de

---

27 Contra la supuesta vida apacible de la que habla el personaje, Degregori (2011) sostiene que «Ayacucho aparece como una región compleja y secularmente convulsionada. [...] como nudo de conflictos y enfrentamientos bélicos». Degregori hace una breve reseña histórica apoyándose en un trabajo de Lorenzo Huertas —fechado en 1981— en el que se refieren «tres grandes desplazamientos étnicos» (durante los siglos XI-XII, XV y XVI). El estudioso también añade que «las migraciones masivas de las últimas décadas [...] colocan a Ayacucho entre los mayores expulsos de población a escala nacional» (26-27). Añadamos a ello que: «Para explicar la situación ayacuchana en la época previa al surgimiento de Sendero Luminoso es necesario tener en cuenta, además de la pobreza, la explotación terrateniente, la opresión servil y la discriminación étnica. En efecto, los indicadores nos hablan de una estructura arcaica, donde hasta los años cincuenta persistía la estratificación estamental en señores y siervos, *misti* e indios. La crisis del sistema latifundista reforzaba este arcaísmo; los terratenientes en decadencia que no llegaban a salir de la región se aferraban a la explotación servil de “sus” indios como única forma de conservar ciertos ingresos» (33).

tunas que sirve de enterradero para ser aniquilados. Braulio le dice a Américo:

[...] mi madre se murió cuando yo era muy niño [...] Yo vivía con mi padre [...] pero éste se tiró al trago y se descuidaba de mí. [...] un día, cuando estaba en el colegio, la Columna del camarada Venancio ingresó y me recogió. [...] En el campamento estaba mejor que en mi casa y el camarada Venancio era como mi padre. Creo que ha sido la única persona que me ha querido [...] (399)

Esta cita podría ser leída como la situación en la cual se encontraba una parte considerable de la región que abarca la novela. Como consecuencia de la pobreza, de la migración y del debilitamiento de las instituciones en la región, las estructuras tradicionales en las comunidades —incluida la familia— habían sufrido fisuras, especialmente en las últimas décadas (Degregori 2011: 184). El propio Américo podría ser visto desde esta perspectiva: «Yo no conocí a mi padre, y el taita Santiago fue como un padre para mí —dijo Américo con voz ligera, sin amargura—» (399). En función de lo narrado, ¿podemos asumir que Sendero Luminoso está supliendo el lugar de la familia resquebrajada en la estructura social del mundo representado? Esto parecería ser uno de los sentidos que nos ofrece la narración. En el colmo de lo previsible, los lectores asistiremos a la revelación apoteósica del cumplimiento de un destino, pues en el trayecto para liquidar al último grupo de detenidos, Cubo descubre que Américo es hijo de Perpetua y lo ayuda/obliga a escapar.

En resumen, *Ese camino existe* ofrece una imagen compleja de la guerra interna pero se limita a la aplicación del canon sin apostar por el despliegue de un esfuerzo de comprensión y de síntesis que logre salvar las barreras del fracaso: los personajes responden a estereotipos bien definidos y por ello resultan planos o, lo que es lo mismo, carentes de profundidad humana, precarios en densidad psíquico-psicológica y evasivos desde el punto de vista moral. Si la ley diurna ordena combatir a los enemigos del Estado y de la sociedad, en este caso los grupos subversivos, la ley nocturna manda satisfacer la voracidad sanguinaria de los militares y a cometer excesos de forma sistemática. Vale decir,

las Fuerzas Armadas fracasan porque se rinden al recurso del terror, cubriendo a toda la población con el manto de la sospecha y renunciando a ensayar modos más humanos de aproximarse a la población vulnerada (y vulnerable). En este caso, por tanto, la aplicación sistemática de la violencia indica la inhibición de recursos humanizantes y humanizadores que ni se vio ni se consideró como aportes para paliar los efectos de la guerra, neutralizar a los enemigos y clausurar el espacio bélico en favor de una sociedad más unida e integrada. Por el contrario, la inhibición del aspecto pacificador real de las Fuerzas Armadas repercutió en la profundización de las brechas de desigualdad y exclusión.

3.2. *La niña de nuestros ojos* (2010) de Miguel Arribasplata: el fracaso de Sendero Luminoso como proyecto emancipador y liberador de las izquierdas.

En esta novela se representa el fracaso de un proyecto emancipador de izquierdas. Los subversivos organizados en una estructura vertical que, precisamente en el esfuerzo de mantenerse rígida y conservarse vertical, genera el colapso de las instituciones sociales más elementales para el cuidado de la vida. Según el punto de vista dominante del narrador, todos los actores sociales, tanto individuales como colectivos, tarde o temprano tienen que optar por un bando y sumarse a las acciones bélicas. Según los puntos de vista subalternos, la guerra es ocasión propicia para la venganza y, aún, para hacer el último esfuerzo por alcanzar la justicia y reivindicar el último reducto de humanidad que no consigue apagar la guerra.

Los diálogos de los subversivos manifiestan un alto contenido ideológico. En una primera incursión a un poblado, el “camarada” les dice a los comuneros:

Ha empezado la campaña, muchos son los llamados y pocos los escogidos. El partido ha entrado a una gran tormenta, todo se va a incendiar; ustedes, nosotros, somos hijos de esa gran tempestad. La incorporación a esta Base de Apoyo es un gran privilegio para vuestras personas. No es

cuestión de esperar al mañana, late hoy en nuestras manos el porvenir político [...] (13)

Llama la atención la retórica de la inminencia milenarista. El estilo hiperbólico y grandilocuente que quiere hacer gala de la magnificencia de la pseudoliberación señala la existencia de ataduras implícitas y naturalizadas por parte de la población civil campesina. La «gran tempestad» tiene su correlato en el «gran privilegio» que supone “entregarle” conciencia de clase al campesinado “desorganizado”. Con ello, antes bien, se pone en evidencia, una vez más, el desconocimiento de las necesidades reales de la población campesina, se les niega la capacidad de autodeterminación y se suprime su historia de resistencia y su consistencia histórico-cultural.<sup>28</sup> Ese desfase entre la desesperada propuesta belicista y las condiciones reales de la vida campesina repercute en fisuras al discurso monolítico y monológico de la organización partidaria.

En ese sentido, se vuelve inevitable que surjan oposiciones y contradicciones al interior del partido. Resquebraja la identidad subversiva ante la inadecuación de la realidad y las condiciones necesarias para la realización de su utopía pseudolibertaria, los sub-discursos se aglomeran en la polarización binarista, de modo que los miembros del partido resultan en el enfrentamiento de dos líneas o dos frentes de lucha: uno contra el Estado y otro, en cambio, contra aquellos que «se han convertido en caja de resonancia del revisionismo capitulero y [que] son el fardo derechista que la revolución arrastra y debe aplastar» (144). Los alzados en armas solucionan esto último de dos modos: primero a través de las discusiones ideológicas y, luego, aplicando la eliminación física. Dicho de otro modo, la solución para las fisuras sub-discursivas consiste en la radicalización de la violencia, tanto hacia el «otro externo», como hacia el «otro interno», pues se aplica contra todos los que se opongan al punto de vista de la intransigencia. No obstante, en la novela también aparecen ciertos personajes senderistas que operan en función de una convicción ética. Algunos de ellos buscarán hacerse una autocrítica, sobre

---

28 Cfr. Cueto 2012: 173.

todo en los momentos de mayor violencia. Empero, es muy escaso el margen que les deja o les permite el aparato dogmático y el fanatismo.

El proyecto senderista, entonces, es presentado categóricamente: el mundo representado está siendo transformado en el presente (de la novela). La dirección senderista ya tiene establecidos los destinos de cada uno de los habitantes. En ese sentido, tanto los medios como las acciones para llevar a cabo el plan de SL con respecto a los comuneros son, a menudo, del orden del horror, pues —como acabamos de decir— la violencia se ejerce también al interior del partido.

Hay que poner sobre relieve también el hecho de que, en ocasiones, los mandos senderistas actúan con “justicia ejemplar”.<sup>29</sup> Así sucede cuando curan al enemigo herido y cuando dejan ir a los prisioneros, incluyendo a los sinchis.

Por otra parte, la violencia y el abuso entre comunidades (y sus ronderos) también son parte central de la novela. Si los sinchis y los marinos violan, torturan y exterminan masivamente a los pobladores, los ronderos de comunidades vecinas no quedan exentos de infligir violencia y practicar la crueldad, pues serán cómplices de muchos crímenes.<sup>30</sup> Así, en la adenda que se incluye en la novela, diversos sobrevivientes rinden sus declaraciones. Una de estas, se refiere a los militares y a los subversivos en los siguientes términos: «Anticristo los dos, señor» (207). Pero, según la novela, las actividades más feroces, perversas y violentas son llevadas a cabo, no por los senderistas, sino por la marina y la policía. Varias historias son narradas —a manera de digresiones— para dar ejemplos variados de las formas y tácticas de violencia y matanza implementadas por las fuerzas armadas.

Los subversivos, llamados también “guerrilleros” por el narrador, son a menudo violentos en sus actividades, pero en mayor o menor grado responden a ideales políticos o sociales. También a manera de digresiones, el narrador nos relata historias de vida de ciertos “guerrilleros”. Dichas

---

29 Cfr. Cueto 2012: 150.

30 Cfr. Cueto 2012: 210.

historias nos remiten a la miseria, el abandono y las injusticias sociales que en alguna medida han orientado a los subversivos a tomar dichos caminos y que parecen darles la ilusión de justificarse,<sup>31</sup> pues nada puede justificar la aplicación sistemática de la violencia contra poblaciones que vive en paz ni mucho menos el genocidio.

Si bien es cierto que las comunidades están, muy a menudo, atrapadas entre fuegos cruzados, hay también ocasiones en las que optan por organizarse en grupos de ronderos, pero la defensa legítima se tergiversa y termina por convertirse en una extensión amplificada del salvajismo oficial, y todo con el único propósito de enriquecerse y aprovecharse del escaso margen de poder para llevar a cabo venganzas personales o familiares.<sup>32</sup> Para decirlo con todas sus letras, las comunidades se verán afectadas por un fuego cruzado entre subversivos y fuerzas armadas. Pero también, por los ronderos vecinos.

Con todo, un aspecto llamativo de la novela es el carácter diferenciado de las distintas comunidades de la misma zona, así como las maneras también distintas en que perciben a los revolucionarios (y a las fuerzas armadas). En ocasiones, las comunidades no están de acuerdo con las causas de la guerrilla. En otras, agradecen la llegada de los guerrilleros y el haberlos liberado de los sinchis, «que a diario ordenaban matar un ganado [...] abusando de nuestras hijas y mujeres» (30). La satanización de las fuerzas estatales permite la expresión del punto de vista subjetivo de los campesinos, que en tono incierto y anhelante expresan su sentir social y su vigor ante la incertidumbre: «Qué será que [los sinchis] venga después, no me importa, ya viví una andenería de años dificultosos como para seguir amarrado al miedo y sus voluntades» (30). Ese punto de vista permite y favorece que algunos comuneros se unan a las filas subversivas, en busca de un anhelo de justicia que, falseado, oculta un deseo de venganza como única vía posible para canalizar la indignación y la frustración ante el atropello gratuito e injustificado. No es que únicamente la venganza los moviera, sino que su exigencia ética de justicia y revalorización de la vida los induce a responder con violencia

---

31 Cfr. Cueto 2012: 399.

32 Cfr. Cueto 2012: 210.

ante la violencia, cerrando y perpetuando el círculo vicioso de la ley del talión.

La violencia liberada y puesta de manifiesto, aunque fuera de modo inconsciente, en su mayor obscenidad, fomenta que, en ocasiones, comunidades vecinas se enfrenten. En otras palabras, el abuso se traslada al centro de la comunidad y los intereses que las dividen cobran relevancia e imperio sobre los intereses comunes e integradores. La novela, en consecuencia, refleja la perversión y la violencia de los ronderos para con sus vecinos recurriendo, según el canon, a la animalización y a la bestialización, como lo demuestra el uso de apelativos como Zorro, Cuy y Chanco.<sup>33</sup> Injustamente, estos ronderos acusan a sus vecinos de «terroristas» y «terrucos», cuando, hasta dicho momento, el narrador de la novela ha utilizado las palabras “guerrilleros” y “guerrilla” para referirse a los “revolucionarios”.

En síntesis, *La niña de nuestros ojos* ofrece una visión compleja del mundo andino sometido a un contexto de guerra. Todos los actores, sin excepciones y por diversos motivos, aplican la violencia contra los que logran someter por cualesquiera motivos, aglutinándose de una manera desordenada y caótica en la cadena de subalternidad progresiva que va desde las más altas esferas del poder hasta la más bajas e insignificantes. En ese contexto de opresión, la paz se convierte en una utopía irrealizable y se perpetúa el pesimismo, la derrota y el fracaso. Mientras que la ley diurna ordena que las comunidades campesinas se organicen para hacerle frente a los grupos subversivos, para fortalecer así los lazos de hermandad nacional por sobre los lazos estrictamente comunitarios específicos, la ley nocturna, por el contrario, invita a la venganza y al fortalecimiento de la cadena de subalternización en la que un mínimo espacio de poder significa el establecimiento de una jerarquía vertical cuyos comienzo y fin no se distinguen a la distancia, pero se tienen presentes en la concreción de la relación opresor-oprimido que establece el mayor poder inmediato. La tergiversación, por tanto, conduce al resquebrajamiento de los lazos intercomunitarios e intracomunitarios y, por tanto, al fortalecimiento de

---

33 Cfr. las acciones y los perfiles de los personajes Cobra y Escorpión en la novela de Cueto (2012: 127, 341).

los desequilibrios y la perpetuación de la desigualdad. El imperio de la violencia, pues, se extiende más allá de las fronteras comunales visibles en las instituciones comunitarias y abre un resquicio por donde aparecen y se actualizan relaciones de poder más remotas que ponen en evidencia la mentalidad profundamente colonial que da pábillo a la guerra.

3.3. *El camino de regreso* (2007) de José de Piérola: el fracaso de la sociedad civil.

Poblada de estereotipos y saturada de clichés, esta novela trata del fracaso de la sociedad civil a través de la historia de dos amigos, Fernando Robles y Antonio Toledo Rebassa, que ven frustrada su amistad debido a las condiciones socioeconómicas y políticas que precipitan la guerra. Fernando Robles es huérfano. Su madre muere joven en un accidente automovilístico. Su padre es un trujillano de la clase alta y muere en el atentado del pasaje Tarata, en el distrito limeño de Miraflores, mientras está almorzando en un restaurante de clase alta. Por su parte, Antonio Toledo Rebassa, que más adelante será el camarada Abel, creció en Lima, en la pobre urbanización Huancashuasi, donde su padre trabajaba como mecánico de autos.

Ambos entablan gran amistad (independientemente de sus diferencias raciales, sociales, económicas, etc.) en la universidad Católica. Ambos son estudiantes aplicados y realizan jornadas de estudio juntos. Sin embargo, Antonio se ve forzado a trasladarse a la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI) porque Católica le resultaba demasiado cara. Fernando no tiene la capacidad de percibir esto y lo deja ir. No logra percibir que Antonio puede tener necesidades distintas a las suyas. Pierden contacto. Con el pasar del tiempo, la exclusión se convierte en anhelo revolucionario y Antonio se convierte en el camarada Abel, hasta que se deja ganar por el afán bélico y terrorista y participa en el atentado de Tarata, donde muere el padre de Fernando.

En el contexto del tópico social, la mina La Merced sirve para caracterizar al personaje que desempeña el propietario, Tato Roselli, tío materno de Fernando. El minero es un hombre rico y prepotente, aunque

su prepotencia no le impide ser y saberse muy sensible a la música clásica. Se trata de un pianista frustrado cuyo padre lo obligó a desistir de esa idea para forzarlo a dedicarse al negocio de la familia, fuente de riqueza para ellos y soporte de su posición social. Cumplidor, el autor satura de sentido al personaje conforme a las exigencias del estereotipo y del canon.

En el otro extremo, encontramos al grupo terrorista Vanguardia Roja, liderada por el Presidente Ramiro. Personaje de importancia en la trama es la abogada Eva Bravo, amiga y probablemente enamorada de Fernando; trabaja para el Instituto Democracia Libre (IDL), organización que brinda ayuda a los prisioneros acusados falsamente de “vanguardistas”, es decir que ayuda a los inocentes detenidos con sus casos. “Inocentes” aquí no deja de tener un sesgo irónico que deja entrever la sospecha de que los organismos de defensa de los derechos humanos estuvieran asociados con los grupos subversivos, lo cual sembraba la duda sobre su colaboración real a la pacificación. Esta sospecha subyace en la persistente sensación de inseguridad y peligro generada en la conjetura generalizada de que cualquiera podría ser subversivo. Esta dilución del terror en el anonimato fue una de las estrategias de confusión operadas por SL, fuerza clandestina por definición, y que, apropiada por el Estado y convertida y divulgada como psicosocial, sirvió de pretexto y justificación para permitir abusos indiscriminados con personas detenidas de modo arbitrario. La novela aborda, en Eva Bravo, el temor de estar liberando culpables. Por eso vemos que este personaje procura proceder del modo más escrupuloso posible para determinar la inocencia de los presos antes de comprometerse con su defensa y su liberación. Esa escrupulosidad hace que la única falla sea hiperbólica y tenga un desempeño funcional en el desarrollo de la novela, pues la única culpable liberada organizará el asesinato del padre de Fernando.

El contraste lo aporta la Comunidad de San Pedro y su áspera relación con la mina La Merced. El tío Tato ha encubierto maliciosamente un reporte técnico que demuestra que la laguna de la comunidad está siendo envenenada por los relaves de dicha mina. Además, ha montado un engaño para que los dirigentes de San Pedro sean encarcelados acusándolos de terroristas. Sabedores de sus tretas legales, los comuneros de San Pedro han mandado

a un hijo del pueblo, Rómulo Cahuana, a estudiar derecho para que pueda defender a la comunidad.

La novela relata que Pedro Cahuana y Eva Franco, con la ayuda de Fernando, logran obtener el reporte técnico que mantenía escondido el tío Tato porque resultaba contrario a sus intereses. En efecto, dicho reporte demuestra que la mina La Merced está causando estragos en la laguna de los sampedrinos, contaminándola con los desechos producidos por los relaves. Tato deberá ceder a las demandas de los comuneros que le son transmitidas a través de Rómulo y Eva. Ambos, además, logran tramitar la liberación de los dirigentes injustamente encarcelados.

Más adelante, Eva llegará a casa de Tato en busca de Fernando, que vive en casa de su tío. El narrador aprovecha la situación para ofrecernos un perfil del personaje: «Odiaba esa situación. No importaba cuán independiente fuera, *educada, inteligente, profesional* [...] Pero quizás lo que pesaba más era el hecho de que la intimidara llegar a esa casa desconocida, de una de las familias más ricas de Lima, donde tal vez tendría que hablar con aquel empresario minero que aparecía de vez en cuando por la televisión. Se sentía *una mujer libre, adulta, madura*, pero de vez en cuando se dejaba llevar por esos temores. Se libraría de ellos algún día. Quizá» (85, énfasis nuestro). Es interesante destacar que el perfil de este personaje femenino recurre al estereotipo divulgado por la modernidad, que se materializa en el empleo de los adjetivos «educada, inteligente, profesional», por un lado, y «libre, adulta, madura», por otro. Estamos, pues, frente a una mujer valiente e independiente (no necesariamente emancipada, sin embargo) que vive de su trabajo y se mantiene a sí misma, lo que se concreta en que vive sola. Este paradigma letrado se apuntala y refuerza en la caracterización de Rómulo Cahuana como un buen abogado, inteligente e instruido.

Rómulo y Eva negociarán con Tato Roselli y su abogado. El narrador continua la narración del siguiente modo: «Eva pensó que Rómulo Cahuana hablaría pero este, sentado al filo de su silla parecía incómodo por la suntuosa oficina en cuyo segundo nivel, tres gradas abajo, había una inmensa pintura de Szyszlo y una fotografía en blanco

y negro donde dos hombre se daban la mano sonriéndole a la cámara. También ella, aunque no quisiera admitirlo, se siente intimidada por los trajes importados, la música tenue, el olor a madera encerrada y a cuero» (346). El espacio de la modernidad, representado por la «suntuosa oficina» de Roselli, incomoda e intimidada a Rómulo y a Eva, a los que podemos comprender como situados en la franja de contacto y, por ello mismo, de negociación donde se gestan las posibilidades del entendimiento mutuo, que, sabemos, se verá frustrado por la primacía de unos intereses perversos.

Estos intereses perversos y obscenos son igual de manifiestos cuando nos aproximamos al otro lado de la tensión, los terroristas, que en esta novela son denominados «los cumpas». Como en *Ese camino existe*, también aquí los subversivos desconocen la realidad de las poblaciones andinas, periféricas con relación a la capital. La comunidad de San Pedro de Ucumari es representada en la novela como una comunidad libre de patrones y con una propiedad ancestral de sus tierras, pues recibieron los títulos de propiedad del «mismísimo rey de España» (86). Sin embargo, como saben que la comunicación con los senderistas es unilateral y pone a la comunidad en una situación de pasividad, la alternativa que vislumbran se concreta en «seguirles la cuerda»: «Los sampedrinos cantaron las canciones, levantaron el puño en alto, incluso dieron vivas a su presidente Ramiro. Mientras tanto, se aprendían la forma de los ojos, las uñas de los pies, los zapatos que algunos llevaban puestos, para recordarlos cuando los vieran con la cara descubierta» (86-87). Así, los sampedrinos ganan, gracias a esta estrategia, un margen mínimo de observación para ejercer, aunque sea brevemente, una mirada activa que permita el reconocimiento de la identidad de los senderistas visible en el rostro oculto bajo la capucha. La observación recorre todo el cuerpo social de SL, pues va desde la particularización de los ojos hasta «las uñas de los pies» y los zapatos, que no todos llevan y que son indicativos de la estratificación social entre lo urbano (zapatos) y lo rural (ojotas de caucho).

La mirada escudriñadora de los comuneros de San Pedro ahuyenta a los cumpas. Dejan una bandera roja en el techo de la escuela, pero no bien han partido, la comunidad ya se ha hecho cargo de ella y la

ha desenarbolado. Ese es un gesto de independencia y autonomía que empodera a la comunidad y sirve de aliento para la organización interna que se haga cargo del autopreservación de la comunidad, lo que en términos prácticos significa ingresar al espacio bélico como fuerza beligerante consciente de su agencia. Ese acto de autonomía y autodeterminación sirve, también, para distinguir o poner de relieve la profunda diferencia entre la comunidad de San Pedro y las comunidades vecinas, aquí simplificadas, por metonimia, en la comunidad de Jujuro. Este acto, finalmente, es una estrategia subordinante que introduce la diferencia a través de la equiparación negativa cuya nota es el recurso al uso del tono despectivo (i.e.: «esos gafos» consultar diccionario de peruanismos para esta palabra. Yo la conozco en el sentido de tonto, lerdo, idiota y, más coloquialmente incluso, muermo).

Ese empoderamiento rompe la paridad entre las comunidades y establece jerarquía también entre ellas. Este movimiento en el plano narrativo permite observar que San Pedro gana en heroísmo, mientras Jujuro recula hasta la posición de víctima. La vinculación mediante la diferenciación aumenta la distancia entre las comunidades e inhibe el establecimiento de un hilo solidario que fomente una relación social más saludable. Sucede todo lo contrario: por la vía de las armas, San Pedro se ubica en el más alto lugar jerárquico de la escala que compone sobre SL y Jujuro. La distancia entre ambas comunidades se extiende y se hace doble por, por una parte, la guerra extiende su alcance a San Pedro y, por otro, porque SL la introduce en medio de ambas comunidades.

Sin embargo, la comunidad de San Pedro recurre a la subprefectura de Castrovirreina, metonimia de la institucionalidad del Estado peruano moderno. También aquí la distancia se hace mayor y se expresa bajo la forma del silencio administrativo perjudicial y hasta ofensivo: «La autoridad ni siquiera tuvo la gentileza de responder», dice el narrador. La necesidad de defensa, sin embargo, se fortalece en la esperanza de triunfo ante la adversidad que inspira la microhistoria de la comunidad en ella misma. Si los mitimaes cañaris habían logrado evadirse de los españoles y también, más tarde, habían resistido a los impulsos adquisitivos de los gringos que, ante la negativa de vender las tierras, aun cuando ofrecieran

talegas llenas de oro a cambio, recurrieron a la fuerza pública y a las estrategias del leguleyo con la finalidad de arrebatarlas. Se diseña, de este modo, un personaje colectivo capaz de resistir las influencias foráneas y, más aún, capaz de fortalecer su identidad defensiva y combativa en escenarios hostiles frente a interlocutores igualmente hostiles.

Rómulo Cahuana es representante de esa idiosincrasia. Por eso que, cuando defiende a la comunidad en la oficina de Roselli, no solo ante este y su abogado, sino también ante Eva, pues esta, finalmente, pertenece al paradigma moderno y, en ese sentido, su idiosincrasia y sus prejuicios son más próximos y afines a los de Roselli y su abogado. Esa proximidad de Eva frente a aquellos y ese distanciamiento con respecto a Rómulo se expresan en una tonalidad interrogativa galopante, pues Eva: «Se sintió torpe. ¿Por qué, se preguntaba, le costaba tanto entender la posición de Rómulo Cahuana? ¿Unas prioridades distintas a la suyas? ¿Esa forma de organizar el mundo? Durante los últimos dos años, trabajando en un caso tras otro, la había guiado la convicción de que la libertad de un inocente era lo más importante, una prioridad esencial. Para Rómulo Cahuana lo más importante no era salvar una persona sino la comunidad que hace posible esa persona. Lo que en ese caso significaba proteger el hábitat de la Laguna de San Pedro» (370).

El desarrollo de la novela nos conduce hasta la venganza efectiva que, en nombre de su padre, opera Fernando contra su exámito Antonio, que muere bajo el nombre de camarada Abel. Conviene advertir que otros prejuicios se movilizan a propósito del personaje que comporta el padre de Fernando. La discriminación por ser provinciano (a pesar de ser blanco, bien parecido y refinado). Esta discriminación se concreta en la oposición familiar que encuentran las pretensiones conyugales del padre de Fernando con la hija de los Roselli. En esa misma línea, conviene apuntar que los amigos de Fernando siempre tienen comentarios racistas sobre Antonio: «¿Toledo —preguntó Chacho—, el último inca? [...] así son las cosas, si llevamos a tu pata a Punta Hermosa van a creer que llegamos con mayordomo. [...] Un indio es un indio aunque estudie en la Católica [...]» (116). El tópico atraviesa toda la novela.

Finalmente, como en *Ese camino existe*, también en *El camino de regreso* se representan, según el canon, los abusos de las fuerzas armadas en intensidad superlativa. Sin embargo, el tema principal es el encuentro de dos jóvenes que quieren fundar lazos de amistad (y lo logran por un tiempo), intentado que el hecho de ser de distintas razas, clases sociales, ciudades de origen, grupos económicos, etc. no representen impedimento alguno. Pero no solo no lo consiguen, sino que el resultado es desastroso y funesto para ellos y también para la sociedad en pleno. Empero, en el panorama más amplio podríamos conjeturar que el escritor busca demostrar que la única solución posible a la problemática que desarrolla la novela consiste en respetar lo propio de las distintas comunidades que hay en el país, lo que implica el respeto de las diferencias. Si la ley diurna habla de una identidad formal ante la ley positiva, la ley nocturna se encarga de profundizar en las diferencias y en las jerarquías opresivas que, conforme a un racismo de cuño naturalista, impone una dinámica social en que la “piel” pasa a ser un distintivo socioeconómico que regula los accesos y los flujos de poder. Y como la piel es reducida y alienada en la tergiversación de la identidad formal como diferencia real, el patrón colonial se cierra sobre sí mismo inhibiendo la expansión que lo difumina, lo diluye y lo desaparece. Este poder colonial de orden fálico se encierra en el círculo vicioso (masturbatorio, digamos) de su autoafirmación en la negación de la otredad para inhibir todo posible vínculo y lazo con ella. La otredad, paradójicamente, permanece ligada solo a condición de permanecer excluida.

3.4. *Adiós, Ayacucho* (1986), de Julio Ortega: el fracaso del Estado moderno peruano.

Basada en hechos reales,<sup>34</sup> esta novela es muy rica en significaciones y logra dar cuenta del horror que parece irrepresentable. Miguel Gutiérrez (2007) manifiesta que Julio Ortega utiliza con éxito una suerte

---

34 La novela se basa en el caso de Jesús Oropeza Chonta (Durand 2012: 80-81), un dirigente campesino que sufrió detención arbitraria, desaparición forzada y ejecución extrajudicial por parte de efectivos policiales, es decir agentes del Estado. La ejecución extrajudicial se llevó a cabo el 28 de julio de 1984.

de realismo grotesco para contar su historia, pues no es minúsculo que enfrenta a un creador a la hora de retratar una historia tan dura y llena de violencia.<sup>35</sup> Con todo, Ortega sale airoso y logra trasladar a la ficción un hecho real enhebrando distintos y complejos discursos.

Así, el personaje ficticio Alfonso Cánepa, un dirigente campesino de la comunidad de Quinua, es víctima de subversivos y militares. Se traslada desde Ayacucho hasta Lima para recoger los huesos que faltan a su cuerpo. Es un poblador andino que busca descansar, pero que no puede hacerlo hasta no recobrar y reunir todos sus restos. Así, dice en primera persona: «Vine a Lima a recobrar mi cadáver». Pero el cuerpo muerto del viajero que se desplaza no sorprende mayormente a nadie. La indiferencia de la sociedad hacia Cánepa parece un lugar común, pues se desplaza frente a un mundo insensible. En Lima se presenta frente al presidente Belaunde para entregarle una carta y pedirle una reparación por parte del Estado: Belaunde también lo ignora, y Cánepa es agredido por los agentes de seguridad. Queda claro, entonces, que el Estado no solo no ha protegido a Cánepa (y todo lo que él representa), sino que además ejerce violencia sistemática contra los más vulnerables, los que lo debiera más bien proteger y cautelar. En definitiva, si la ley diurna promueve la inclusión social y el reconocimiento del estatuto intercultural de la ciudadanía peruana, la ley nocturna anquilosa las estructuras formales del Estado moderno impidiéndole una comprensión más compleja de la ciudadanía, inhibiendo su proyección y su apertura al ser humano concreto que es el ciudadano, privándolo de derechos que desbordan la juridicidad constituida para situarse en un plano de mayor amplitud y universalidad: el reconocimiento del derecho a la memoria histórica y la legitimidad para participar con agencia en el proceso histórico de construcción de la memoria nacional, continental y mundial.

---

35 Según Gutiérrez (2007: 400), «[...] cualquier narrador consciente de su oficio se habrá hecho la pregunta de si frente a un acontecimiento tan desmesurado en horrores como fue la guerra interna, el realismo en sus formas convencionales puede ser el mejor método o el más eficaz para su representación artística».

#### 4. Conclusión

Las novelas aquí analizadas dan cuenta del resquebrajamiento social mediante la debilidad y la precariedad que infunden a las representaciones de la ficción. Dan cuenta de esa sintomatología para poner de relieve el aspecto ético<sup>36</sup> en la literatura en estudio. Las novelas trabajadas dan cuenta de la suma de fracasos de los sectores y actores de la nación que confluyeron y contribuyeron al desastre que implicó la guerra interna de las décadas de los años ochenta y noventa en el Perú.

La *novela del fracaso* da cuenta del desastre del gran proyecto emancipador de la izquierda peruana. Proyecto que debió buscar la inclusión de las mayorías abandonadas e invisibilizadas por los grupos hegemónicos por conceptos de raza, lengua, clase social, etc. SL creó una estructura jerárquica que enfatizó el sometimiento y la exclusión que contradijo su afán emancipador. Las izquierdas fracasaron al no lograr la articulación de un proyecto común que se abriera a la construcción del país y al fortalecimiento de la identidad nacional. Los sectores excluidos de la modernidad y de la Nación-Estado fueron doblemente traicionados por el abandono de los aparatos gubernamentales y por la violencia perpetrada por las fuerzas armadas. Fracásó en la consecución de la justicia.

Finalmente, la sociedad civil negligentemente le dio la espalda a la situación político-social de la época en estudio y fomentó recurrentemente la coyuntura del caos para favorecerse y, con ello, perpetuar las estructuras de dominación y sus mecanismos de exclusión. *El camino de regreso* es uno de los ejemplos en los cuales la *novela del fracaso* da cuenta del empresario que aprovecha la campaña psicosocial de SL y el gobierno

---

36 Nieto Degregori (1990: 21) se refiere a «cuestiones de fondo como la de la responsabilidad ética de los autores que se acercan al tema [...] la veracidad e incluso verosimilitud de los hechos narrados, la de la intención con que cada autor construye sus relatos y el significado objetivo de éstos, significado que, como se sabe, no siempre es coincidente con la intencionalidad primigenia, etc.». El autor considera «poco ético» abordar el tema de Sendero y «no tomar posición ante los actos de barbarie».

para librarse ilegalmente de los pobladores y burlar sus derechos; abogados, jueces y periodistas se disputan intereses particulares en detrimento de poblaciones desprotegidas y abandonadas (las más desfavorecidas); las fuerzas armadas a menudo (y, en ciertos periodos, sistemáticamente) tergiversaron su función e infligieron el terror y la violencia indiscriminadamente creando mayor inseguridad y zozobra en la población; la comunidad civil y muchos de sus actores, como las rondas campesinas, se vieron involucradas en contextos nefastos que escapan a la seguridad propiamente dicha para la cual fueron creadas; finalmente, y no menos importante, la sociedad civil de la capital del Perú y su burguesía (o pequeña burguesía) no prestaron atención a los horrores a los que se encontraban sometidas cientos de comunidades al interior del país, sino hasta que la violencia se instaló y se hizo visible en su universo.

La novela del fracaso da cuenta, pues, una y otra vez que la ley diurna y la ley nocturna se cruzaron reiterativamente obnubilando a la inteligencia social que fue incapaz de reconocerse como una totalidad enferma necesitada de cuidados. Antes bien, la totalidad optó por automutilarse en el rigor del cumplimiento de la obscenidad instaurada en norma de carácter universal, normando la colonialidad como sentido común naturalizado y fomentando un eslabonamiento de exclusiones progresivas que sirvió como estrategia pseudocognitiva para el no-reconocimiento de la guerra y la pseudoabolición del dolor, en la creencia de lo que no se ve (o no se quiere ver) no tiene consistencia ni trae consecuencias. La ley nocturna, pensamos, logró imponerse por sobre la ley diurna y tanto así la opaco, que aún siguen vigentes en el Perú las exigencias legítimas de reconocimiento de la ciudadanía pluriétnica y pluricultural. Se trata, pues, de un desafío histórico vigente y abierto que debemos aprender a mirar.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes primarias

CUETO, Luis Fernando. *Ese camino existe*. Lima, Copé, 2012.

ARRIBASPLATA, Miguel. *La niña de nuestros ojos*. Lima, Arteidea, 2010. 2.<sup>a</sup> ed. de 2012.

PIÉROLA, José de. *El camino de regreso*. Lima, Norma, 2007.

ORTEGA, Julio. *Adiós, Ayacucho*. Lima: ISHI y Mosca Azul, 1986. 2.<sup>a</sup> ed.: Lima: Grupo Yuyachkani y Fondo Editorial UNMSM, 2008 (incluye adaptación teatral en quechua).

### Fuentes secundarias

CASTRO, Dante. «Los Andes en llamas». En *Sasachakuy tiempo: memoria y pervivencia. Ensayos sobre la literatura de la violencia política en el Perú*. Lima, Pasacalle, 1990, 11-18.

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN (CVR). *Hatun Willakuy. Versión abreviada del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Perú*. Lima, Comisión de Entrega de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, 2008. 1.<sup>a</sup> reimpresión de la 1ra edición de 2004.

CORNEJO POLAR, Antonio. «Profecía y experiencia del caos: la narrativa peruana de las últimas décadas». En KOHUT, Karl, MORALES SARAVIA, José y SONIA V. ROSE, eds. *Literatura peruana hoy: crisis y creación*. Frankfurt am Main/Madrid, Vervuert Verlag/Iberoamericana, 1998, 23-34.

CORNEJO POLAR, Antonio y Luis Fernando VIDAL, eds. *Nuevo cuento peruano (antología)*. Lima, Mosca Azul, 1984.

COX, Mark R. «Bibliografía anotada de la ficción narrativa peruana sobre la guerra interna de los años ochenta y noventa (con un estudio previo)». En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXXIV, N.º 68 (2.º Semestre): 227-268, Lima-Hanover NH, 2008.

DEGREGORI, Carlos Iván. *Jamás tan cerca arremetió lo lejos. Memoria y violencia política en el Perú*. Lima, IEP, 2003.

DURAND SÁNCHEZ, Pilar de María. *Lo político en la obra Adiós Ayacucho del grupo Yuyachkani y su relación con el periodo de violencia política*. Lima, PUCP, 2012. En: [http://www.genocidioayacucho.com/admin/files/libros/758\\_digitalizacion.pdf](http://www.genocidioayacucho.com/admin/files/libros/758_digitalizacion.pdf)

FAVERÓN, Gustavo. «La otra guerra del fin del mundo. La narrativa peruana y los años de la violencia política». En: *Quimera* 281: 66-73. Barcelona, Abril, 2007.

GUTIÉRREZ, Miguel. *El pacto con el diablo. Ensayos 1966-2007*. Lima, San Marcos, 2007.

QUIROZ, Víctor. «Elementos para una sistematización de las novelas peruanas sobre el conflicto armado interno». En *El Hablador* (revista virtual de literatura) N° 16, 2009. Disponible en [http://www.elhablador.com/est16\\_quiroz5.html](http://www.elhablador.com/est16_quiroz5.html)

---

\_\_\_\_\_. «Ficciones de la memoria. La novela del conflicto armado interno (1980-2000) y las tensiones de la modernidad colonial en el Perú». En *El Hablador* (revista virtual de literatura) N° 10, 2005. Disponible en <http://www.elhablador.com/quiroz1.htm>

UBILLUZ, Juan Carlos, HIBETT, Alexandra y VÍCTOR VICH. *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política*. Lima, IEP, 2009.

NIETO DEGREGORI, Luis. «Incendio en un vaso de agua». En *Sasachakuy tiempo: memoria y pervivencia. Ensayos sobre la literatura de la violencia política en el Perú*. Lima, Pasacalle, 1990, 20-22.

### Anexo bibliográfico

#### 2013

ALARCÓN, Daniel. *At night we walk in circles*. USA, Riverhead Books.

GASTELÚ PALOMINO, Harol. *Viaje al corazón de la guerra*. Lima, Altazor.

PEREZHUARANCCA, Julián. *Criba*. Lima, Premio Copé de Oro, IV Bienal de Novela 2013. Inédita.

SALAZAR JIMÉNEZ, Claudia. *La sangre de la aurora*. Lima, Animal de Invierno.

#### 2012

CALDERÓN FAJARDO, Carlos. *El bibliotecario de las catacumbas*. Lima, Altazor.

CUETO, Fernando. *Ese camino existe*. Lima, Copé.

INOCENTE, Rafael. *La ciudad de los culpables*. Lima, Altazor.

NEYRA, Alejandro. *Cia Perú, 1986. Una novela de espías*. Lima, Estruendomudo.

TRELLEZ PAZ, Diego. *Bioy*. Lima, Ediciones Destino.

VÁSQUEZ, Yuri. *El nido de la tempestad*. Arequipa, Tribal.

YBARRA, Rodolfo. *Secreto de Estado*. Lima, Arteidea

2011

GUTIÉRREZ, Miguel. *Una pasión latina*. Lima, Alfaguara.

GUTIÉRREZ LLANTOY, Ulises. *Ojos de pez abisal*. Huancayo, Bisagra.

MUCHA, Martín. *Tus ojos en una ciudad gris*. Madrid, Alianza.

PÉREZ, Julián. *Resto que no cesa de insistir*. Lima, Atalaya.

RENGIFO, Carlos. *El dolor en los labios*. Lima, Altazor.

ROSALES MIRANDA, César. *Operación Cuatro Suyos*. Lima, Altazor.

SANTAMARÍA, David. *Esa oscura y sucia guerra*. Lima, Nuestro Siglo.

ZUZUNAGA, Sócrates. *La noche y sus aullidos*. Lima, Petroperú.

2010

ARRIBASPLATA, Miguel. *La niña de nuestros ojos*. Lima, Arteidea. Hay 2.<sup>a</sup> ed. de 2012.

COSSIO, Jesús. *Barbarie: cómics sobre violencia política en el Perú, 1985-1990*. Lima, Contra Cultura.

DURÁN, Julio. *Incendiar la ciudad*. Breña, (edición del autor).

GASTELÚ PALOMINO, Harold. *Cadena perpetua*. Lima, Pasacalle.

MORILLO GANOZA, Juan. *Hienas en la niebla*. Lima, Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma.

NÚÑEZ CARVALLO, Rodrigo. *Sueños bárbaros*. Lima, Peisa.

2009

CUETO, Fernando. *Días de fuego*. Lima, San Marcos.

FREYRE, Carlos Enrique. *Desde el valle de las esmeraldas*. Lima, Palomino.

GADEA, Alina. *Otra vida para Doris Kaplan*. Lima, Borrador.

GUTIÉRREZ, Miguel. *Confesiones de Tamara Fiol*. Lima, Alfaguara.

JIMÉNEZ QUISPE, Edilberto. *Chungui: violencia y trazos de memoria*. Lima: IEP, COMISEDH, DED. Presentación de Pablo Rojas, prólogo de Carlos Iván DEGREGORI y ensayo introductorio de Abilio VERGARA. 2.<sup>a</sup> ed. Primera reimpresión, octubre de 2010.

2008

GUEVARA PAREDES, Mario. *El desaparecido*. Lima, San Marcos.

KRUGUER BARTON, Mapy. *Tuca  $\pi = 3.1416$* . Lima, Caballito.

PÉREZ, Julián. *Retablo*. Lima, San Marcos. Tercera Edición.

ROSSELL, Luis, VILLAR, Alfredo y Jesús COSSIO. *Rupay. Historias gráficas de la violencia en el Perú 1980-1984*. Lima, Contracultura.

THAYS, Iván. *Un lugar llamado Oreja de Perro*. Lima, Anagrama.

2007

ALARCÓN, Daniel. *Lost City Radio*. New York: Harper Collins. Hay traducción al castellano: *Radio ciudad perdida*. Lima, Alfaguara.

CHÁVEZ ESPINOZA, Lorenzo. *Tras una venganza*. Lima, Arteidea.

GALLOSO, José Antonio. *El mal viaje*. Lima, Alfaguara.

HUARAG, Eduardo. *La barca*. Lima, San Marcos.

PÉREZ, Julián. *El fantasma que te desgarró*. Lima, Altazor.

PIÉROLA, José de. *El camino de regreso*. Lima, Norma.

ROLDÁN RUIZ, Martín. *Generación cochebomba*. Lima, Colmena. Hay 2.<sup>a</sup> ed. de 2013.

SANTA MARÍA, David. *Esa oscura y sucia guerra*. Lima, AFA.

## 2006

ENCINAS MARTÍN, Alfredo. *La orquídea verde*. Lima, Centro Cultural José Pío Aza.

HUAMÁN CABRERA, Félix. *Candela Quema Luceros*. Lima, San Marcos. 2006. 3era edición.

PACHECO MEDRANO, Karina. *La voluntad del molle*. Lima, San Marcos.

RONCAGLIOLO, Santiago. *Abril rojo*. Lima, Alfaguara.

SAGÁSTEGUI ALVA, Víctor. *Cuando cayó la noche*. Lima, Arteidea.

URIBE, Gabriel. *Lo que se viene: la otra versión del futuro*. Lima, Arteidea.

## 2005

CHÁVEZ CUENTAS, Zelideth. *Flor de cactus*. Lima, Arteidea.

CUETO, Alonso. *La hora azul*. Lima, Peisa/Anagrama.

DÍAZ HERRERA, Jorge. *El ángel de la guarda*. Lima, San Marcos.

MENDOZA PAREDES, Fidel. *Té esperaré en el cielo*. Lima, San Marcos.

ROSAS PARAVICINO, Enrique. *El gran señor*. Lima, San Marcos.

RUIZ-ORTEGA, Gabriel. *La cacería*. Lima, Q Ediciones.

VARGAS ECHEGARAY, Alcides. *Lazos de sangre*. Cusco, Instituto Nacional de Cultura.

2004

ARIAS QUINCOT, César. *Las palabras de los inocentes*. Lima, Andorra.

PÉREZ, Julián. *Retablo*. Lima, Universidad Nacional Federico Villarreal.

PONCE, Víctor Andrés. *De amor y de guerra*. Lima, Norma.

2003

HUAMÁN CABRERA, Félix. *Qantu: flor y tormenta*. Lima, San Marcos.

URIBE, Gabriel. *La otra versión: un insólito sendero literario*. Lima, Lluvia.

2002

BENAVIDES, Jorge Eduardo. *Los años inútiles*. Madrid, Alfaguara.

BRICEÑO MILLER, Jorge. *El sol invisible*. Lima, San Marcos.

DURÁN, Julio. *Incendiar la ciudad*. Lima, SN.

ESPINOZA SÁNCHEZ, Jorge. *Las cárceles del emperador*. Lima, Cultura Peruana.

GARGUREVICH, Eduardo. *En tela de juicio*. Lima, Jaime Campodónico Editor.

2001

MONEADA ROJAS, Luis. *Rejas tras rejas*. 2.<sup>a</sup> ed. Buenos Aires, Dunken.

PIÉROLA, José de. *Un beso de invierno*. Lima, Banco Central de Reserva del Perú.

2000

BELEVÁN, Harry (Lima, 1945). *Una muerte sin medida*. Lima, Alfaguara.

MEGO, Alberto. *Retablo El Dorado*. Lima, Lumbreras.

1999

CUETO, Alonso. *Demonio del mediodía*. Lima, Peisa.

CHÁVEZ CUENTAS, Zelideth. *El día que me quieran*. Lima, Arteidea.

FLÓREZ-AYBAR, Jorge. *Más allá de las nubes*. La Paz, Sagitario.

GUZMÁN, Susana. *En mi noche sin fortuna*. Barcelona, Montesinos.

PONCE, Víctor Andrés. *Los aniquiladores*. Lima, San Marcos.

1998

MIRANDA LÉVANO, Sylvia. *Memorias de Manú*. Lima, Banco Central de Reserva.

PÉREZ, Julián. *Fuego y ocaso*. Lima, San Marcos.

RAMOS BERROSPI, Ernesto. *Ilusiones perdidas*. Huancayo, Circe.

REYES TARAZONA, Roberto. *El vuelo de la harpía*. Lima, San Marcos.

RONDIVEL, Mauro. *Morir en Uchuraccay*. Lima, S.N.

1997

COLCHADO LUCIO, Óscar. *Rosa Cuchillo*. Lima, Universidad Nacional Federico Villarreal.

MONTOYA ROJAS, Rodrigo. *El tiempo del descanso*. Lima, Sur.

TASAICO, Víctor. *Sierra caimán*. Lima, Colmillo Blanco.

1996

La investigación no registra publicaciones durante este año.

1995

PONCE, Víctor Andrés. *Los sueños quebrados*. Lima, Jaime Campodónico.

RADA, José J. *Senderos de sangre*. Lima, Mosca Azul.

1994

CHÁVEZ BENAVIDES, Mario. *Y después... ¿qué?* Lima, Sellograf.

HILDEBRANDT, César. *Memoria del abismo*. Lima, Jaime Campodónico.

HUAMÁN CABRERA, Félix. *Noche de relámpagos*. Lima, Retama.

PITA, Alfredo. *El cazador ausente*. Lima, Lluvia.

ROSAS PARAVICINO, Enrique. *El gran Señor*. Cusco, Municipalidad del Qosqo.

1993

GÁLVEZ N., Edgardo. *Senderos de odio y muerte*. México, D.F., S.N.

MORILLAS, Pedro A. *Raíces del futuro*. Lima, Mosca Azul.

VARGAS LLOSA, Mario. *Lituma en los Andes*. Barcelona, Planeta.

VEREAU VENEROS, Manuel. *La última gracia del sentenciado*. Lima, Mano a Mano.

1992

J. J. (Prisionero de guerra). [s.d.] *Carta a Laura y Matilde*. s.l.: s.d.

OLLÉ, Carmen. *¿Por qué hacen tanto ruido?* Lima, Flora Tristán.

PEREIRA FERNÁNDEZ, Percy. *La última decisión de Felipe Montoya*. Lima, Oso Mayor.

1991

SÁNCHEZ LEÓN, Abelardo. *Por la puerta falsa*. Lima, noviembre trece.

THORNDIKE, Guillermo. *Los topos: La fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande*. Lima, Mosca Azul.

1990

CASTRO PADILLA, Luis. *Saturnino Quispe (La guerrilla en el Perú)*. México, D.F., SN.

CUETO, Zonia y Cloaldo SOTO. *Briznas andinas*. Lima, Mantoch.

GARNETT, Miguel. *Catequil*. Lima, Lluvia.

MONTORO, Isaac Felipe. *Guerra y hambre*. Lima, Gabrielle.

1989

HUAMÁN CABRERA, Félix. *Candela quema luceros*. Lima, Retama.

1988

NIETO DEGREGORI, Luis. *La joven que subió al cielo*. Lima, El zorro de abajo.

YÁÑEZ BECERRA, Juvenal. *Mil violaciones*. Lima, S.N.

1987

CAVERO, Samuel. *Un rincón para los muertos*. Lima, Editores Asociados.

OSNAYO VARGAS, Luis. *Piqui: historia de un pequeño senderista*. Lima, Universidad Nacional Federico Villarreal.

1986

ORTEGA, Julio. *Adiós, Ayacucho*. Lima: ISHI y Mosca Azul. Hay 2.<sup>a</sup> edición: Lima, Grupo Yuyachkani y Fondo Editorial UNMSM, 2008. Incluye adaptación teatral en quechua.

1985-1982

La investigación no registra publicaciones durante este periodo.

1981

HUAMÁN CABRERA, Félix. *Agomayo, río de arena*. Lima, Amaru.

1980

La investigación no registra publicaciones durante este año.

***Correspondencia:***

Miguel Vargas Yábar

Pontificia Universidad Católica del Perú